

NICOLÁS ORTEGA CANTERO

Departamento de Geografía. Universidad Autónoma de Madrid

Paisaje de montaña e identidad nacional: la Sierra de Guadarrama¹

RESUMEN

La montaña ha ocupado un lugar destacado en la valoración moderna del paisaje, y se ha interpretado frecuentemente como un símbolo de los valores más significativos de la historia y de la identidad de las comunidades nacionales directamente relacionadas con ella. Esa valoración identitaria de la montaña, plasmada en diversas naciones desde el siglo XIX, se ha proyectado también en España, donde la Sierra de Guadarrama ha sido vista por el pensamiento reformista, siguiendo los pasos iniciales de Francisco Giner y la Institución Libre de Enseñanza, como un verdadero símbolo de la propia historia y de la identidad nacional.

RÉSUMÉ

Paysage de montagne et identité nationale: la Sierra de Guadarrama. La montagne a figuré en bonne place dans l'évaluation moderne du paysage, et a souvent été interprétée comme un symbole des valeurs les plus importantes de l'histoire et de l'identité des communautés nationales qui lui sont directement liées. Cette valorisation de l'identité de la montagne, incarnée dans divers pays depuis le XIX^e siècle, a également été projetée en Espagne, où la *Sierra de Guadarrama* a été vue par la pensée réformatrice, suivant les étapes initiales de Francisco Giner et la

Institución Libre de Enseñanza, comme un véritable symbole de leur histoire et de l'identité nationale.

ABSTRACT

Mountain landscape and national identity: the Sierra de Guadarrama. Mountain has occupied a prominent place in the modern assessment of landscape and has often been interpreted as a symbol of the most significant values of history and identity of the national communities directly related to it. This identity assessment of the mountain, shaped in several nations since the nineteenth century, has also been projected in Spain, where the *Sierra de Guadarrama* has been seen by reformist thinking, following Francisco Giner and the *Institución Libre de Enseñanza* initial steps, as a true symbol of history and national identity.

PALABRAS CLAVE/MOTS CLÉ/KEYWORDS

Paisaje de montaña, identidad nacional, Francisco Giner, Institución Libre de Enseñanza, Sierra de Guadarrama.
Paysage de montagne, identité nationale, Francisco Giner, Institución Libre de Enseñanza, Sierra de Guadarrama.
Mountain landscape, national identity, Francisco Giner, Institución Libre de Enseñanza, Sierra de Guadarrama.

La montaña ha ocupado un lugar muy destacado en las visiones modernas del paisaje. Ha sido el principal fundamento del paisajismo moderno, que distinguió en ella desde sus comienzos la más acabada y valiosa expresión del orden natural. El paisaje de montaña ha adquirido además, con frecuencia, un alto valor simbólico fundado en la afirmación de la existencia de marcadas conexiones entre sus valores y cualidades y los que se atribuyen a las identidades nacionales correspondientes. Se ve así, en el paisaje de montaña, un símbolo de los rasgos distintivos de la identidad de las comunidades nacionales directamente relacionadas con él. Esa visión

identitaria de la montaña se ha plasmado desde principios del siglo XIX en relación con diversas entidades nacionales, dejando sentir también, en ocasiones, sus efectos en otros ámbitos territoriales menores. Las montañas españolas no han quedado al margen de ese movimiento de valoración simbólica e identitaria, y la Sierra de Guadarrama ha ofrecido uno de los más acabados e interesantes ejemplos de ello.

Desde que se conformó su imagen moderna, en el último cuarto del siglo XIX y el primer tercio del XX, diversos círculos de ideología liberal y reformista, con Francisco Giner y la Institución Libre de Enseñanza en cabeza, vieron en el paisaje de la Sierra de Guadarrama un símbolo de los rasgos genuinos de la propia historia y de la identidad nacional surgida de ella. Los intelectua-

¹ Este trabajo se ha realizado dentro del Proyecto de Investigación CSO2012-38425, financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad.

les institucionistas, y otros que incorporaron y prolongaron su perspectiva en distintos terrenos —científicos, literarios o excursionistas, por ejemplo—, entendieron esa montaña como un símbolo nacional, como una expresión fidedigna de los mejores valores y cualidades de la nación española. Siguiendo la pauta general de este tipo de atribuciones, el pensamiento institucionista vio en la Sierra de Guadarrama, dentro del más amplio paisaje castellano, una imagen unificadora del conjunto nacional, una expresión simbólica —sintética y significativa al tiempo— de su trayectoria histórica y de la consiguiente identidad colectiva. Se trata, sin duda, de un caso particularmente elocuente respecto de la valoración del paisaje español de montaña como símbolo de la identidad nacional. Lo que sigue se dedica precisamente a caracterizar y comentar esa valoración simbólica e identitaria, vinculada al reformismo liberal de cuño institucionista, del paisaje de la Sierra de Guadarrama.

El artículo se inscribe en el horizonte de los estudios que se han interesado desde hace algún tiempo, con criterio geográfico, por las dimensiones simbólicas e identitarias del paisaje y, en particular, del paisaje de montaña, y sus coordenadas teóricas y metodológicas coinciden en lo fundamental con las conformadas en ellos. Dentro del conjunto de trabajos dedicados a considerar el valor simbólico atribuido al paisaje en distintos marcos históricos y sociales y su conexión con determinadas perspectivas identitarias y nacionales, entre los que cabe destacar, a título de ejemplo, los de Denis Cosgrove (1985, 1998), Stephen Daniels (1993), Simon Schama (1996), o François Walter (2004), algunos de ellos se han centrado más concretamente en el paisaje de montaña, que constituye sin duda un caso especialmente significativo en ese sentido. Autores como Bernard Debarbieux (2001), Denis Cosgrove y Veronica della Dora (2009), Philippe Joutard (1986) o Jean-Luc Piveteau (1991) han ofrecido muestras sumamente elocuentes y valiosas de ese acercamiento a la valoración simbólica e identitaria del paisaje de montaña.

También se ha atendido a esos aspectos en el ámbito de la geografía española, donde se han llevado a cabo diversos trabajos sobre el valor simbólico e identitario del paisaje en general, y del paisaje de montaña en particular. Entre los segundos, algunos han mostrado una orientación más genérica, de los que Eduardo Martínez de Pisón (2004, 2009) ha ofrecido algunos ejemplos elocuentes, mientras que otros se han dirigido hacia el estudio de determinados paisajes españoles montañosos especialmente interesantes desde el punto de vista simbólico e identitario, entre los que cabe señalar, por su cer-

caña teórica y metodológica a este artículo, y a modo de ejemplo, los dedicados a los Pirineos, tanto en conjunto (Nogué, 2005, 2016), como atendiendo a alguno de sus lugares más significativos (Martínez de Pisón, 2014), a la montaña de Covadonga, en los Picos de Europa (García Álvarez, 2013; Ortega Cantero y García Álvarez, 2009), o a la montaña de Peñalara, en la Sierra de Guadarrama (Ortega Cantero, 2012b).

La perspectiva metodológica del artículo, acorde con la que se encuentra en ese tipo de estudios, puede resumirse en los siguientes términos. Se ha comenzado por caracterizar el doble marco de referencias en el que se inscribe el estudio llevado a cabo, que remite, en primer lugar, a las relaciones de doble sentido establecidas entre el paisaje y la identidad nacional en el horizonte del paisajismo moderno, teniendo en cuenta las razones que las justifican y los ingredientes ideológicos actuantes, y, en segundo lugar, a la valoración adquirida, dentro de ese horizonte, por el paisaje de montaña, considerando los componentes y los puntos de vista que fundamentan su muy notable dimensión simbólica e identitaria. Tras caracterizar ese doble marco de referencias, el estudio se ha apoyado en el análisis y la interpretación de los textos de variada índole que ofrecieron, en el periodo cronológico señalado, consideraciones significativas sobre la valoración del paisaje de montaña como símbolo de la identidad nacional. Ello se ha llevado a cabo procurando contextualizar las ideas y las perspectivas aportadas por los textos estudiados, buscando sus conexiones con las perspectivas culturales e ideológicas coetáneas, entre las que desempeñó un papel muy relevante la perspectiva liberal y reformista de los intelectuales vinculados a la Institución Libre de Enseñanza. De ese modo, a través de la secuencia metodológica indicada —iniciada con la caracterización del marco de referencias, y seguida con la labor de análisis, interpretación y contextualización de los textos seleccionados—, se ha realizado el estudio sobre la valoración moderna del paisaje del Guadarrama como símbolo de la identidad nacional.

I. LA DIMENSIÓN IDENTITARIA DEL PAISAJE

Con razón ha señalado Eduardo Martínez de Pisón que, en nuestros días, «no hay hombre sin paisaje ni paisaje sin hombre». Lo primero —no hay hombre sin paisaje— resume la reciprocidad vital entre ambos términos, el hecho de que «somos parcialmente nuestra circunstancia y en buena medida ésta es nuestro paisaje» (Martínez de Pisón, 2006, pp. 131-132). Lo segundo —no hay

paisaje sin hombre— responde a dos hechos de diferente entidad: por una parte, la dificultad para encontrar algún lugar donde no haya llegado aún la huella humana, y, por otra, la necesaria participación de la mirada del hombre para elevar a la categoría de paisaje lo que comienza siendo solamente territorio. Porque, como es sabido, el paisaje no se reduce a materialidad, a forma visible y objetivable, sino que necesita, para llegar a serlo, el concurso de la mirada humana, que juega, como señaló Jean-Marc Besse, un «papel constituyente» (Besse, 2010, p. 121). Es esta mirada la que conforma la dimensión cultural del paisaje, la que le atribuye cualidades, valores y significados de variada índole, la que traza las conexiones y correspondencias que le anudan a los hombres y a las sociedades.

Esas conexiones y correspondencias se adentran con frecuencia en el terreno de las identidades. En el paisaje proyectan los hombres ideas y sentimientos, creencias y expectativas, hasta convertirlo en una expresión de la propia identidad, en una entidad representativa de los rasgos característicos de las correspondientes sociedades. «En el “territorio” —escribe Martínez de Pisón— sin duda sobrevive, prospera o lucha un pueblo; en el “paisaje” encuentra su identidad. De este modo, vemos que el paisaje adquiere un significado superior, de producto de civilización, por un lado, y de agente civilizador, por otro: es decir, adquiere un valor moral» (Martínez de Pisón, 2006, p. 137). Se produce, así, un proceso de identificación con el paisaje que es, al tiempo, personal y social, y que suele manifestarse también en términos territoriales. De este modo, puede hablarse de paisaje nacional cuando cabe entenderlo como una representación fidedigna y significativa de las claves de la identidad colectiva y territorial de una nación. El paisaje nacional representa e identifica en el imaginario colectivo, como ha recordado Joan Nogué, los valores nacionales, y se convierte en la proyección cultural de la sociedad, tanto en términos materiales como en términos espirituales, ideológicos y simbólicos. El paisaje contiene lugares que representan la experiencia y las aspiraciones de la población: son «centros de significado» y «símbolos que expresan pensamientos, ideas y emociones varios» (Nogué, 2005, p. 151). Pero el paisaje no solo expresa la identidad de los grupos sociales y nacionales y de los territorios relacionados con él, sino que, también, en sentido inverso, actúa como factor que contribuye a conformar esas identidades. El paisaje es capaz, por tanto, de desempeñar un papel destacado en la formación y consolidación de identidades territoriales y nacionales. Además de ofrecer una imagen representativa de la identidad colectiva relacionada con él,

el paisaje puede ser un factor de notable importancia a la hora de conformar o reforzar identidades nacionales y territoriales.

El proceso de conformación de nacionalidades que se produjo en el mundo occidental desde principios del siglo XIX, tras la caída del Antiguo Régimen, ofrece ejemplos muy elocuentes en ese sentido. La búsqueda de nuevas legitimidades para las nacientes nacionalidades se centró a menudo en el paisaje, con la intención de encontrar en él las claves que permitieran aclarar la nueva o renovada identidad colectiva y territorial. Se vio en el paisaje la expresión real y simbólica de la identidad de los pueblos y de las naciones. Como advirtió François Walter, en su detallado estudio sobre las figuras paisajísticas de la nación en la Europa de los siglos XVI a XX, las sociedades modernas han hecho a menudo del paisaje un factor de identidad sumamente importante, y se han apoyado en él para caracterizar y afirmar la propia entidad colectiva, hasta convertirlo en «la representación sensible del sentimiento de pertenencia nacional» (Walter, 2004, p. 171). Y eso fue lo que sucedió en el panorama europeo con particular intensidad, según este autor, durante el periodo comprendido entre 1830 y 1950.

La posibilidad de identificar el paisaje con los grupos sociales y las entidades nacionales correspondientes —o, como dice Walter, de entenderlo como representación del sentimiento de pertenencia nacional— no sólo jugó un papel importante, como se acaba de indicar, en la configuración de naciones en la Europa del siglo XIX y buena parte del XX, sino que ha funcionado también con regularidad en el marco de las ideas y aspiraciones ideológicas y políticas de los más variados nacionalismos. Estos movimientos, aparecidos con alguna frecuencia en el seno de las naciones europeas consolidadas con anterioridad, han mostrado una clara tendencia a ver en el paisaje, por un lado, la expresión de las identidades sociales y territoriales reivindicadas, y, por otro, un factor que puede ayudar a precisar y reforzar espacialmente la presencia de esas identidades. Es ésta una consecuencia sin duda previsible del alto grado de representación social y nacional atribuido al paisaje que se convierte así en uno de los más claros —y visibles— exponentes de las correspondientes identidades territoriales. España ofrece, en este sentido, algunos casos elocuentes, entre los que se cuenta, por ejemplo, el del nacionalismo catalán. Junto al horizonte ideológico y político de cuño reformista y regeneracionista que, a semejanza de lo que ocurría en el resto de Europa, acudía al paisaje —y, en particular, al paisaje castellano— en busca de las claves generales de la identidad nacional española, la perspectiva del na-

cionalismo catalán, que se muestra ante todo, al igual que otros nacionalismos similares, como una ideología territorial, proyectaba sobre el propio territorio y sobre su correspondiente paisaje un conjunto de contenidos históricos, míticos y simbólicos particulares que hacen de ellos «el receptáculo de una conciencia compartida colectivamente» y el «símbolo por excelencia de la identidad colectiva y de la identificación nacional» (Nogué, 2005, pp. 149-150).

En la visión del paisaje como expresión significativa de las claves de la identidad nacional interfieren, con frecuencia, propósitos ideológicos de diverso signo. Cabe hablar, por tanto, de ideologización del paisaje, operación que acompaña inevitablemente a la caracterización y la delimitación de los paisajes considerados nacionales. La conformación del paisaje nacional francés, debida en buena medida a los pintores decimonónicos, y asociada a un horizonte ideológico que sitúa en primer plano los valores tradicionales del mundo rural —domesticidad, modestia, finitud, armonía entre cultura y naturaleza—, ofrece en ese sentido un ejemplo elocuente (Cachin, 1997, pp. 982-983). Y esa ideologización del paisaje se acompaña de valoraciones simbólicas, tanto de sus componentes como de su conjunto, que concuerdan con la perspectiva identitaria aplicada (Schama, 1996, pp. 3-19). La visión paisajística de Unamuno, con sus valoraciones simbólicas —Castilla como símbolo de España, el Duero como expresión ideal de Castilla, la encina grave, inmóvil, solemne, símbolo y emblema secular del alma nacional, la sencillez suprema y la dulce rigidez litúrgica de los álamos, la majestad del alcornoque—, ofrece un acabado y muy expresivo ejemplo de ese tipo de simbolización del paisaje (Ortega Cantero, 2016b, p. 22).

Conviene, antes de seguir adelante, decir algo sobre las razones que justificaron en la modernidad la creencia en esas relaciones entre los valores atribuidos al paisaje y las claves de la identidad nacional. Hay que tener en cuenta, ante todo, que la visión moderna del paisaje se apoya en la nueva manera de entender la naturaleza promovida por el Romanticismo. El pensamiento ilustrado introdujo ya algunos cambios en la concepción de la naturaleza, sustituyendo sus ingredientes «providenciales» por otros de signo racional (Urteaga, 1987, p. 17), al tiempo que propuso tres imágenes naturales sucesivas —matemática, física, y empírica o fáctica— que compartieron la intención de apoyarse en las posibilidades de la razón y del conocimiento científico, desechando referencias anteriores entre las que ocuparon un lugar destacado las teológicas, y en sus capacidades prácticas respecto del control y dominio del mundo natural (Maravall, 1991,

pp. 540-541). En el marco de esa concepción racionalista de la naturaleza promovida por el pensamiento ilustrado, se abrió camino un nuevo concepto vinculado a la naciente perspectiva romántica, que se distanció de las ideas e imágenes entonces predominantes, sustituyendo su sesgo mecanicista por otro de signo organicista. Comienza así a concebirse la naturaleza no como algo mecánico, asociado a representaciones matemáticas y físicas, sino como un organismo, como un ser vivo, como una totalidad biológica. «La naturaleza, considerada por medio de la razón, es decir, sometida en su conjunto al trabajo del pensamiento —escribió Humboldt—, es la unidad en la diversidad de los fenómenos, la armonía entre las cosas creadas, que difieren por su forma, por su propia constitución, por las fuerzas que las animan; es el Todo animado por un soplo de vida» (Humboldt, 1874-1875, t. I, p. 3).

Existe una naturaleza ordenada, un orden natural, y es precisamente ese orden el que hay que conocer, el que hay que descubrir, estudiar y llegar a explicar y comprender. «El resultado más importante de un estudio racional de la naturaleza —escribió también Humboldt— es recoger la unidad y la armonía en esta inmensa acumulación de cosas y de fuerzas» (Humboldt, 1874-1875, t. I, p. 3). El conocimiento de la naturaleza no es posible si no se desentraña su organización interna, el orden natural, su unidad y su armonía, como diría Humboldt. El paisaje va a desempeñar un papel muy destacado en el logro de ese conocimiento —científico, desde luego, pero también artístico— del orden natural. Porque, dentro del horizonte romántico, el paisaje se entiende justamente como la expresión visible, la manifestación fisonómica concreta de ese orden natural. Así lo vieron desde Rousseau, Saint-Pierre, Friedrich, Turner o Constable, en el terreno artístico, hasta Saussure, Ramond o Humboldt, en el científico. El orden natural se expresa a través del conjunto de formas visibles que constituyen el paisaje. El paisaje, por tanto, señala el camino —un camino visual, acorde con la decisiva importancia concedida a la experiencia visual, a la observación, en todo el conocimiento, tanto científico como artístico, vinculado a la perspectiva romántica— para llegar a entender lo que es y lo que significa el orden natural, y para entender, además, por añadidura, el lugar que ocupa el hombre en ese orden, del que también es partícipe. El paisaje nos ofrece así, en suma, un modo de ver y entender lo que nos rodea y de vernos y entendernos a nosotros mismos.

En el paisaje podemos ver las formas que resultan de las relaciones naturales actuantes, pero podemos también captar y comprender los valores estéticos y éticos del or-



FIG. 1. El macizo de Peñalara visto desde Rascafría, en el valle del Lozoya. Fotografía de José Tinoco (publicada en Eduardo Hernández-Pacheco (dir.): *Guía de los sitios naturales de interés nacional*. Número 1. Sierra de Guadarrama, 1931). El Macizo de Peñalara, que adquirió un gran valor simbólico e identitario en el periodo considerado, fue declarado Sitio Natural de Interés Nacional, incluyendo su cumbre y su circo y sus lagunas glaciares, mediante real orden de septiembre de 1930.

den resultante de esas relaciones, su sentido y sus significados más profundos, y los nexos que mantiene con los hombres. El paisaje pone a nuestro alcance el mundo de las formas y el mundo de los significados, del sentido. A través de él, no sólo podemos acercarnos al mundo de las formas y de las realidades visibles, sino también, al tiempo, al de las cualidades y los valores, al universo de los significados y del sentido. Como dijo hace algún tiempo Renée Rochefort, el paisaje es «comunicación y organización (y por tanto selección) de un sentido», y es también «un espejo que remite ante todo a nosotros mismos y en el que creamos, más allá del sentido de las cosas, el sentido del mundo» (Rochefort, 1978, p. 243).

La visión paisajística moderna considera que el hombre y el paisaje no deben entenderse como realidades separadas, sino que, por el contrario, existen nexos y continuidades entre uno y otro. El paisaje no es algo ajeno al hombre, desconectado de sus actuaciones, ideas y sentimientos, sino que, por el contrario, mantiene con él lazos profundos y duraderos. Y esa conexión del hombre con el paisaje tiene dos dimensiones: una individual o personal, y otra de índole colectiva o social. Los grupos humanos, las colectividades, los pueblos mantienen continuas relaciones con sus paisajes, y de ahí que, al igual que ocurre en términos individuales, haya conexiones y correspondencias significativas entre los rasgos característicos de las sociedades, conformados a lo largo de su historia, y los paisajes en los que viven y se desenvuelven. De modo que, aplicando este punto de vista, la historia de una sociedad está directamente relacionada con su paisaje, con lo que éste adquiere significado histórico, expresando, de

forma material y de forma simbólica, la caracterización histórica del pueblo que lo habita, su historia nacional. En términos materiales, la historia se traduce en una serie de formas visibles o huellas en el paisaje, que hacen de éste una especie de documento en ese sentido.

A esa dimensión material se suma la simbólica, referida al conjunto de cualidades y valores del paisaje que se corresponden con los de la colectividad que lo habita, presentes en su historia y en su caracterización nacional. Se convierte así el paisaje en un referente histórico importante, en un signo visible de la identidad colectiva del pueblo que lo habita. El paisaje es un testimonio y un símbolo de la propia historia nacional y por eso se consideró muy pronto que conocerlo y valorarlo mejor podía ser la manera más sólida de afianzar o promover el patriotismo y el nacionalismo, de cultivar la conciencia de la propia identidad nacional, colectiva y territorial. «La primera honda lección de patriotismo —escribió Unamuno— se recibe cuando se logra cobrar conciencia clara y arraigada del paisaje de la Patria, después de haberlo hecho estado de conciencia, reflexionar sobre éste y elevarlo a idea» (Unamuno, 1966, p. 432). Parafraseando a Vidal de la Blache, cabe decir que todo paisaje termina siendo a la larga como una medalla impresa con la efigie de un pueblo (Vidal de la Blache, 1979, p. 8). El paisaje deja ver, a quien tiene la sabiduría y la sensibilidad necesarias para ello, las claves de la caracterización histórica y de la identidad colectiva o nacional de sus habitantes.

Esas relaciones, muy presentes en el horizonte de la cultura paisajística moderna, son las que han permitido hablar de paisajes nacionales, es decir, de paisajes que

se consideran singularmente representativos de la historia y de la identidad colectiva conformadas en su seno. En el paisaje nacional ve la sociedad una representación fidedigna de los valores y las cualidades que atribuye a su propia historia nacional. El paisaje nacional es sobre todo, más allá de su valor documental como testimonio del pasado, un símbolo de la propia historia y de la propia identidad colectiva. Es, en resumidas cuentas, un paisaje con el que se identifica la sensibilidad histórica y nacional de sus habitantes, un paisaje en el que la conciencia colectiva se proyecta y se reconoce. En consecuencia con esa manera de entender las cosas, descubrir o inventar un paisaje nacional y hacerlo arraigar como tal en la sensibilidad colectiva es un modo de fomentar y reforzar la conciencia histórica y la conciencia nacional. No es extraño que los movimientos de afirmación nacional que se han sucedido en el mundo occidental, a lo largo de los siglos XIX y XX, se hayan mostrado interesados en encontrar paisajes que pudieran considerarse nacionales, es decir, capaces de representar las claves históricas e identitarias en las que apoyan sus aspiraciones políticas.

Ésta es la perspectiva que ha hecho del paisaje un componente importante de numerosos y muy variados movimientos de signo reformista, regeneracionista, regionalista o nacionalista. Todos esos movimientos intelectuales y políticos, a diferentes escalas (desde la del Estado-Nación a la de las nacionalidades o regiones), han relacionado el paisaje, lo que el paisaje es y lo que significa, con los caracteres histórico-culturales y las identidades colectivas de los grupos humanos que lo habitan. Esa cualidad representativa del paisaje respecto de la identidad nacional, su posibilidad de convertirse en paisaje nacional, se ha manifestado a menudo y con particular nitidez en la montaña. Al igual que sucedió en general en el panorama de la valoración moderna del paisaje, en la parte que se refiere a su valoración más expresamente identitaria, más pendiente de las conexiones que cabe establecer con las identidades nacionales, la montaña ha desempeñado un papel destacado.

Las conexiones entre paisaje e identidad nacional, con todas las dimensiones ideológicas y simbólicas que entrañan, se han planteado con particular claridad e intensidad, en efecto, en el caso de la montaña. Se ha referido a ello Walter, señalando el interés de algunos testimonios muy elocuentes en ese sentido, entre los que incluyó, al hablar de España, la valoración simbólica de la Sierra de Guadarrama ofrecida por Francisco Giner de los Ríos (Walter, 2004, pp. 241-250). Baste recordar aquí la opinión manifestada por Élisée Reclus, quien, en su escrito sobre el sentimiento de la naturaleza, publicado

por vez primera en 1866, afirmó, al referirse al particular atractivo que ejercen los ámbitos montañosos en términos físicos, deportivos e intelectuales, que cada etapa de la civilización tiene una montaña sagrada en la que sitúa simbólicamente los acontecimientos mitológicos nacionales (Reclus, 2002, p. 50). A la hora de buscar en el paisaje las claves de la identidad nacional, de identificar los rasgos mayores de la comunidad social y territorial que la fundamentan, la montaña desempeña un papel principal. Sin que quepa afirmar que su protagonismo sea excluyente en este orden de cosas —como demuestra, entre otros, el caso antes mencionado de Francia—, no cabe duda de que el paisaje de montaña ocupa un lugar importante en la conformación de los paisajes nacionales, ya sea en solitario, como en el caso de los Alpes respecto de Suiza, o formando parte destacada de un marco paisajístico más amplio, como en el caso de las montañas del oeste respecto de los Estados Unidos, o de la Sierra de Guadarrama respecto de España. A considerar este protagonismo de la montaña, en relación con las perspectivas ideológicas nacionales en España, se encamina el texto que sigue.

II. LA VALORACIÓN SIMBÓLICA DEL PAISAJE DE MONTAÑA

La valoración en clave identitaria del paisaje —al igual que su valoración cultural en general— ha encontrado en la montaña uno de sus lugares predilectos. Parfraseando a Numa Broc, podríamos decir que la valoración identitaria de la montaña es una «forma exaltada» de la valoración identitaria del paisaje (Broc, 1991, p. 16). El descubrimiento moderno del paisaje que comenzó en la segunda mitad del siglo XVIII, alentado por el movimiento romántico, se fraguó en la montaña. Sin negar la existencia de algunos precedentes interesantes en el acercamiento intelectual y sentimental a la montaña (Joutard, 1986, pp. 12-13, 197), que cabe remontar hasta la Antigüedad clásica (Terán, 1980, p. 13), lo cierto es que el modo moderno de entenderla, de verla y valorarla, con todos sus componentes artísticos y científicos, explicativos y comprensivos, se inició con el primer Romanticismo, en relación directa con los cambios profundos de las actitudes y las mentalidades colectivas y la revolución del sentimiento que entrañó ese horizonte cultural (Broc, 1991, p. 15). Rousseau, por un lado, con su *Nouvelle Héloïse*, de 1761, y Saussure, por otro, con sus *Voyages dans les Alpes*, publicados entre 1779 y 1796, desempeñaron un papel fundamental, en sus respectivos terrenos del arte

y de la ciencia, respecto de la conformación inaugural del modo moderno de entender el paisaje de montaña (Ortega Cantero, 2016a).

Antes de la llegada del movimiento romántico, la montaña había sido ya objeto de diversas valoraciones, que, en general, se movieron más en el terreno del «mythos» que en el del «logos» (Terán, 1977, p. 17). Porque, como señaló Bernard Debarbieux, la montaña es una categoría geográfica que se asocia a un conjunto de valores genéricos, de imágenes o representaciones emblemáticas o arquetípicas, que constituyen una serie de cualidades o atributos que, a veces, son compartidos por sociedades diferentes —formas recurrentes del imaginario de las montañas— y otras veces son más específicos de una determinada sociedad (Debarbieux, 2001, pp. 35-36). En la montaña proyectan las sociedades, por tanto, valores, cualidades y significados que remiten a sus propias creencias y aspiraciones y a sus propios deseos y temores. A través de esa proyección se conforman los imaginarios de la montaña, en los que aparecen algunas imágenes simbólicas recurrentes, entre las que desempeñan un papel destacado las de carácter religioso. En las valoraciones de la montaña anteriores al Romanticismo, inscritas casi siempre en las coordenadas del «mythos», fue frecuente la simbolización religiosa, que tendió a verla como un lugar divino, morada de los dioses y cuna de revelaciones sobrenaturales. «Si el hombre primitivo hizo de la montaña una morada más grande que él —escribió Franz Schrader en 1898—, es porque veía allí el lazo de unión que ataba el cielo a la tierra, el mundo universal al humano, lo infinito a lo precedero, y lo eterno a las cosas que caducan» (Schrader, 2005, p. 315).

La montaña es así, de acuerdo con esa valoración religiosa, el lugar que acerca —o separa— el cielo y la tierra, lo mundano y lo divino, el lugar en el que se abre la puerta del más allá, o el «gonce de la eternidad», en palabras de Unamuno, «aquello sobre lo que gira (es decir, el gonce o gozne) la imaginaria puerta que separa la tierra y el hombre de la eternidad, esto es, de Dios» (Laín, 1959, p. 95). Para quien la observa desde abajo, la montaña se caracteriza ante todo por su alteridad —es otro mundo, y no sólo en términos topográficos— y por su verticalidad, que, como ha advertido Jean-Paul Bozonnet, remite a la unión de la tierra y el cielo, y se asocia con la restauración de la unidad, atributo de la divinidad, frente a la dispersión de la llanura, ya que, al ascender, las líneas de fuerza del paisaje se simplifican y convergen hacia la cumbre, y también con la idea de ascensión o elevación purificadora, regeneradora, de acercamiento a valores espirituales que sólo allí se encuentran (Bozonnet, 1989, pp. 80-81).

Esa visión simbólica de la montaña como un lugar sagrado, con su capacidad para poner en relación el mundo terrenal y el sobrenatural y para generar efectos regeneradores, purificadores, en quienes se acercan a ella, no solo fue una de las imágenes más generalizadas y duraderas en los tiempos anteriores a la conformación del paisajismo moderno, sino que ha mantenido su presencia, y de ahí su especial interés, en numerosas valoraciones posteriores enmarcadas ya en el horizonte de la modernidad paisajística, mezclándose en más de una ocasión con la valoración identitaria. Muchos de los relatos modernos sobre el acercamiento a las montañas manifiestan con claridad la vigencia de esa valoración sacralizadora, como sucedió, por ejemplo, en las páginas tempranas del *Obermann* de Senancour —donde, según Unamuno, se encuentra «expresado el sentimiento de la montaña como acaso no se ha expresado mejor» (Unamuno, 1966, p. 339)—, cuando dan cuenta de la experiencia del ascenso a las cumbres alpinas. Allí, dice Senancour, «la Naturaleza entera expresa elocuentemente un orden superior, una armonía más visible, un conjunto eterno», y el hombre se transforma en contacto con ese orden y esa armonía, «vuelve a encontrar su forma alterable, pero indestructible» y «vive una vida real en la unidad sublime» (Senancour, 1930, t. 1, p. 64). Con razón ha podido afirmar Debarbieux que la visión religiosa de la montaña resurge con frecuencia, de forma literal o metafórica, en los relatos modernos de viajes y ascensiones, y que incluso la toponimia incorpora a menudo metáforas de signo religioso: son, por ejemplo, las «catedrales», los «pináculos» o los «campanarios» que se encuentran en ese «templo de la naturaleza» que es el paisaje montañoso (Debarbieux, 2001, pp. 37-38).

John Ruskin, por ejemplo, vio catedrales en las montañas alpinas —«grandes catedrales de la tierra, con puertas de roca, pavimentos de nubes, coros de arroyos y piedras, altares de nieve y bóvedas purpúreas recorridas continuamente por estrellas» (Ruskin, 1904, p. 425)—, visión que traduce fielmente, como ha señalado Veronica della Dora, su convicción de que las montañas son la más alta expresión del amor divino, y de que entre sus principales finalidades se encuentra la de despertar en los hombres su conciencia poética y religiosa (Della Dora, 2016, p. 197). Incluso algunas de las actividades modernas desarrolladas en la montaña, empezando por el excursionismo y el turismo —sucedáneos iniciáticos de la peregrinación a la montaña-santuario— y siguiendo con las prácticas del termalismo y el higienismo, remiten en última instancia al imaginario regenerador que forma parte de su valoración religiosa (Bozonnet, 1989, pp. 81,

85). Lo mismo cabe decir de algunos planteamientos encaminados a conservar y proteger los paisajes de montaña, como sucede ejemplarmente en los desarrollados, siguiendo las perspectivas naturalistas promovidas inicialmente por Ralph Waldo Emerson y John Muir, en los Estados Unidos. A propósito de su travesía de los Apalaches en 1867, Muir, tras hablar de la belleza y la grandeza de las montañas, escribió: «¡Cuánta perfección y divinidad en su arquitectura! ¡Cuánta simplicidad y misteriosa complejidad de detalle!» (Muir, 1916, p. 39). Como ha señalado Manuel Mollá al comentar las valoraciones y propuestas de Muir, «el sentimiento religioso, la naturaleza como creación de Dios es y será una constante en sus escritos» (Mollá Ruiz-Gómez, 2015, p. 72).

La llegada de los primeros vientos románticos modificó sustancialmente la percepción y la valoración del paisaje y, más concretamente, del paisaje de montaña, que pasó a ser entendido como la más acabada expresión de las cualidades y los significados atribuibles a la naturaleza. Las montañas son, para esa mirada moderna, un verdadero canon paisajístico, o, como diría John Ruskin, «el principio y el fin de todo paisaje natural» (Ruskin, 1904, p. 418). El paisajismo moderno descubrió en la montaña un conjunto sobresaliente de valores de variada índole que fueron inmediatamente relacionados con los que se suponía que definían la identidad de las sociedades y de las naciones correspondientes. La conexión entre paisaje e identidad social y nacional, afirmada en términos generales, encontraba así una manifestación particularmente significativa en el caso del paisaje de montaña.

La valoración moderna de la montaña, que modificó sustancialmente, como ya hemos apuntado, los modos anteriores de entenderla, muestra al tiempo una dimensión racional y una dimensión sentimental. Ciencia y sentimiento son los pilares sobre los que se edifica la nueva manera de ver la montaña, de valorar sus cualidades de variada índole y de interpretar el grado de relación y representatividad respecto de la identidad nacional que cabe atribuir a esas cualidades. En la medida en que las montañas se entendieron como la más acabada expresión del orden de la naturaleza, la ciencia vio en ellas el camino más recto para llegar a conocer la génesis de ese orden y las claves de las formas concretas con las que se mostraba en cada caso. Saussure habló ya en sus *Voyages dans les Alpes* del singular interés científico de las montañas: una vez superada la etapa en la que las interpretaciones de la naturaleza se habían valido de «observaciones imperfectas» y de «tradiciones desfiguradas por la poesía y la superstición», había llegado el momento de llevar a cabo estudios rigurosos que debían apoyarse principal-

mente en la consideración de las montañas (Saussure, 1779-1796, t. 1, p. I). Tanto el propio Saussure como los naturalistas que siguieron después el camino abierto por él en los Alpes insistieron en la importancia científica de las montañas, que eran «el gran libro de piedra», donde podían consultarse «los archivos de la tierra», que ofrecían el mejor testimonio sobre la formación del orden de la naturaleza (Macfarlane, 2005, p. 67).

La valoración científica de la montaña pone en juego un denso conjunto de connotaciones y significados que la acercan a su precedente valoración religiosa. Se convierte, por decirlo así, en un lugar «sagrado» para la ciencia. Se ve en ella el reino de la «verdad», el mundo al que se encamina el científico en busca de «nuevas verdades» (Saussure, 1779-1796, t. 1, p. IV), y esa perspectiva recuerda en algo las imágenes sacralizadoras de la montaña a las que nos hemos referido antes. Denis Cosgrove y Veronica Della Dora han advertido que, al igual que había sucedido en términos religiosos, el significado científico de las montañas parece aumentar a medida que aumenta su lejanía —física e imaginativa— de los ámbitos metropolitanos y más densamente poblados de las zonas templadas. El aislamiento físico se entendió como una condición previa para la búsqueda religiosa de la verdad, y lo mismo sucedió cuando se trató de buscar la verdad científica. Los antiguos filósofos de la naturaleza buscaron en las cumbres montañosas el contacto con las estrellas, con las hierbas más infrecuentes, con las verdades naturales. Las primitivas ermitas cristianas buscaron en ellas el contacto con la divinidad, y después buscaron los científicos modernos en esas mismas cumbres —laboratorios privilegiados, por su lejanía, su aislamiento y su consecuente condición de pureza, para alcanzar la objetividad científica— las claves mismas, las nuevas verdades, de la organización de la naturaleza. El simple hecho de la lejanía hizo, según Cosgrove y Della Dora, que los científicos naturalistas dedicados a la montaña vieran aumentada su autoridad (Cosgrove y Della Dora, 2009, pp. 12-13). Todo ello permite aclarar el muy alto significado, teñido de referencias meta-científicas, adquirido por la montaña en el horizonte de la ciencia naturalista moderna.

Saussure ofreció algunas muestras elocuentes de la importancia científica de la montaña, de las singulares posibilidades ofrecidas por sus cumbres para llegar a entender el orden natural. Convencido, frente a los hábitos meramente analíticos generalizados hasta entonces, de que había que entender la naturaleza —organismo vivo— como una totalidad, apoyándose en observaciones generales, considerando «las grandes masas y los



FIG. 2. La torre mocha de la Cartuja del Paular y, al fondo, el macizo de Peñalara, dos componentes de la Sierra de Guadarrama con un alto valor simbólico y asociados a menudo en las representaciones pictóricas y fotográficas. Fotografía de José Tinoco que se utilizó como emblema identificativo en los primeros números de la revista *Peñalara*, que comenzó a publicarse en octubre de 1913.

conjuntos» y buscando ante todo «el conocimiento de los grandes objetos y de sus relaciones», afirmó el gran interés de las altas montañas para los científicos naturalistas. Las altas montañas, «grandes objetos de admiración y de estudio», constituyeran, en palabras de Saussure, «el laboratorio de la naturaleza», el lugar privilegiado donde todos los fenómenos naturales se presentaban «con una grandeza y una majestad de las que los habitantes de las llanuras no tienen idea» (Saussure, 1779-1796, t. 1, pp. III, VII-VIII). Allí, en las altas montañas, podían observarse y estudiarse del mejor modo posible los fenómenos naturales, y desde sus cumbres, dominando el panorama, podía además entenderse la organización del conjunto natural. Lo que escribió sobre su visión desde la cumbre del Mont Blanc, a la que ascendió en agosto de 1787, tras varios intentos fallidos, resulta verdaderamente elocuente en ese sentido. Desde allí pudo ver «el conjunto de todas las altas cimas cuya organización deseaba conocer desde hacía mucho tiempo». Y añadió: «Captaba sus relaciones, sus conexiones, su estructura, y una sola mirada resolvía dudas que no habían podido aclarar años de trabajo» (Saussure, 1779-1796, t. 4, p. 147).

Pero la valoración moderna del paisaje de montaña tiene, además de la racional o científica, una dimensión sentimental también notable, que traduce las claves del correspondiente horizonte cultural y estético. Con razón ha señalado Robert Macfarlane, tras recordar que la actitud ante el paisaje está en gran medida condicionada por la cultura, que la imagen de las montañas es el resultado de la combinación entre la forma física de la naturale-

za y la imaginación humana, de modo que cabe hablar, como él hace, de «las montañas de la mente» (Macfarlane, 2005, p. 33). Además de observadas y estudiadas, las montañas son al tiempo imaginadas y sentidas, y ambos aspectos, el racional y el sentimental, forman parte conjuntamente de la visión moderna, de la forma de entenderlas promovida por el paisajismo moderno. Esa dualidad es una de las características mayores de la visión moderna del paisaje, y de ella fueron conscientes tanto los escritores y pintores que abrieron el camino del paisajismo artístico, como los naturalistas que hicieron lo mismo en el terreno científico. En la obra de Saussure, por ejemplo, aparece a menudo, junto a la visión científica, explicativa, la atención a los aspectos artísticos, estéticos y sentimentales de la naturaleza y el paisaje. Fue muy sensible a lo que él mismo denominó el «gran espectáculo» de la montaña, y dijo, por ejemplo, que el Mont Blanc le causó siempre «una emoción especial», y que en las agujas y los glaciares de sus alrededores encontró «el espectáculo a la vez más encantador y más instructivo» (Saussure, 1779-1796, t. 3, p. 291, t. 4, p. 185).

No sólo conoció a fondo Saussure, con criterio científico, la naturaleza y el paisaje de los Alpes; también sintió profundamente su belleza y su grandeza. Mostró a lo largo de toda su obra, como señaló Philippe Joutard, «una preocupación científica y un sentimiento estético estrechamente mezclados» (Joutard, 1986, p. 125). Lo mismo cabe decir, por poner otro ejemplo elocuente, de Ramond de Carbonnières, continuador de la perspectiva geológica moderna iniciada por Saussure y estudioso de

los Pirineos, que mostró en sus escritos las mismas actitudes científicas y las mismas respuestas sentimentales que había mostrado antes Saussure. Ramond supo expresar magistralmente, «con el paisaje pirenaico como escenario e incluso como protagonista», el sentimiento de la montaña, y en sus escritos se manifestó también con claridad, como ha señalado Eduardo Martínez de Pisón, «el rostro bifaz de la observación y la emoción, de la ciencia y el sentido de lo sublime, de la aventura física y su procesado intelectual» (Martínez de Pisón, 2002, p. XXII).

La montaña no sólo proporcionaba un punto de vista privilegiado para entender el orden de la naturaleza, la organización del conjunto natural circundante, sino que permitía, además, acceder a la más alta expresión de los valores y significados que ese orden natural entrañaba. La montaña se convierte en la mejor imagen simbólica de las cualidades de la naturaleza, esas cualidades —libertad, silencio, pureza, armonía, eternidad, austeridad, grandeza, majestad, etc.— a las que se refirieron una y otra vez quienes ascendieron a sus cumbres, y que, teniendo en cuenta las relaciones y correspondencias que se supone que existen entre el paisaje y quienes lo habitan, trascienden de lo estrictamente natural para proyectarse sobre las correspondientes entidades colectivas y nacionales. De modo que los valores de la montaña, las cualidades y los significados del orden natural que representa modélicamente, remiten directamente a los valores de los grupos humanos relacionados con ella. La montaña, a menudo elevada a la categoría de paisaje nacional, queda así simbólicamente anudada a las identidades sociales y nacionales conformadas en sus territorios.

Las conexiones establecidas entre la montaña alpina, con sus cumbres más emblemáticas —el Mont Blanc, el Cervino, el Gotardo—, y la historia y la identidad nacional de Suiza es un buen ejemplo de esa valoración en clave identitaria del paisaje y de la consecuente conformación de un paisaje nacional (Piveteau, 1991). Como consecuencia lógica de ese modo de valoración, el conocimiento de la montaña, el acercamiento físico, intelectual y sentimental a sus cualidades y significados, se convierte en una de las maneras más eficaces de cobrar conciencia de las identidades a las que representa y de la pertenencia a ellas, promoviendo o avivando así el patriotismo o el nacionalismo. Unamuno advirtió que «para conocer una patria, un pueblo, no basta conocer su alma —lo que llamamos su alma—, lo que dicen y hacen sus hombres; es menester también conocer su cuerpo, su suelo, su tierra» (Unamuno, 1966, p. 282). La política de creación de reservas y parques nacionales respondió, primero en los Estados Unidos y después en los demás

países, a una intención eminentemente patriótica (Mollá Ruiz-Gómez, 2016; Schmidt di Friedberg, 2004, pp. 117-156); y el lema de 1903 del Club Alpin de Francia —«Pour la patrie, par la montagne»— traduce, según Walter, una intención de utilizar el acercamiento a la montaña como un medio para formar a la juventud en consonancia con un proceso de regeneración nacional, intención que quedaría también ejemplarmente plasmada, ya en la años cuarenta, en el libro titulado *Premier de cordée*, de Roger Frison-Roche (Walter, 2004, p. 322).

En la obra paisajística de Unamuno hay algunas muestras sumamente expresivas de la valoración simbólica e identitaria de las montañas (Ortega Cantero, 2016b, pp. 23-24). Atribuyó a las españolas una notable importancia como elementos vertebradores, organizadores, del territorio español, y también, al tiempo, como expresión simbólica de los mejores valores culturales y morales de sus paisajes. Ve esas montañas como «el rocoso esqueleto de España», como «las entrañas óseas de la patria» (Unamuno, 1966, p. 537). Y en la Sierra de Gredos concentró buena parte de su valoración del paisaje de montaña: fue precisamente allí, «en las alturas de Gredos», donde recibió Unamuno «la plenitud de la revelación de España» (Cardis, 1953, p. 81). Gredos era, según Unamuno, la «columna dorsal de Castilla», su «Sierra matriz», el «espinazo de España», y era además «lo eterno», la expresión y el símbolo «de la eternidad, de lo que dura por debajo de la historia, de lo que no vive, sino que vivifica» (Unamuno, 1966, pp. 570-571, 637, 645). Siguiendo esta perspectiva de simbolización, la imagen de Gredos adquirió en la obra de Unamuno significados patrióticos —y religiosos— muy notables: dijo que era «el verdadero corazón de Castilla, un corazón desnudo, todo roca», y añadió que había que ascender a su cumbre para «recibir el sacramento de la confirmación de la Patria» (Unamuno, 1992, p. 73).

Y Unamuno conectó directamente ese horizonte simbólico con el nacional en su visión —y revelación— de la Sierra de Gredos. «Viendo ceñir los relámpagos a los picachos de Gredos —escribió, recordando una tormenta nocturna que le sorprendió durmiendo en lo alto de la montaña— se me reveló el Dios de mi patria, el Dios de España, como Jehová se les reveló a los israelitas tronando y relampagueando en las cimas del Sinaí. La revelación de Dios baja de las montañas» (Unamuno, 1966, p. 285). De ese modo, atribuye Unamuno al paisaje de la montaña de Gredos un alto valor simbólico, que aúna estrechamente la dimensión religiosa y la patriótica y nacional, y que expresa su modo de entender, a través de ese paisaje, las claves de la identidad española. La pers-

pectiva de Unamuno en este orden de cosas es un buen ejemplo de la valoración identitaria de la montaña conformada en el marco del paisajismo moderno. Expresión máxima del orden natural, la montaña se ve, en relación con ello, como la más elevada representación simbólica de los valores y significados de las identidades colectivas y nacionales asociadas territorialmente a ella. La montaña se convierte así en símbolo de la identidad nacional. Se asciende a su cumbre para captar, además de sus valores naturales, los significados culturales de variada índole, incluyendo los de signo patriótico y nacional, que se le atribuyen simbólicamente. A la montaña se asciende, como resume Macfarlane, «para ver más allá, tanto física como metafísicamente» (Macfarlane, 2005, p. 189).

III. LA SIERRA DE GUADARRAMA, SÍMBOLO DE LA IDENTIDAD NACIONAL

La visión moderna de la Sierra de Guadarrama se inició en el siglo XIX. Algunos de los viajeros que recorrieron España en la primera mitad del siglo proporcionaron, incorporando las claves del nuevo paisajismo europeo, la primera imagen moderna de ese paisaje (Ortega Cantero, 1990). Tras ese momento inicial, interesante pero limitado, fueron Francisco Giner de los Ríos y sus colaboradores de la Institución Libre de Enseñanza los que protagonizaron el verdadero «descubrimiento» moderno del paisaje de la Sierra de Guadarrama. Giner y, siguiendo luego sus pasos, sus compañeros institucionistas incorporaron y desarrollaron en España las claves del paisajismo geográfico moderno, con sus dimensiones explicativas y comprensivas (Ortega Cantero, 2012a). El protagonismo de Giner fue en ese sentido verdaderamente importante: su mirada, inscrita en el horizonte de la modernidad paisajística, desempeñó el «papel constituyente» que, como advirtió Jean-Marc Besse (2010, p. 121), se necesita para elevar la materialidad visible a la categoría de paisaje. Con ello abrió el camino de la valoración moderna del paisaje español y, más concretamente, del paisaje de la Sierra de Guadarrama.

La visión paisajística promovida por Francisco Giner, expuesta con claridad en su artículo titulado «Paisaje», publicado por vez primera en 1886, remite al horizonte del paisajismo geográfico moderno inicialmente conformado por Humboldt y prolongado luego en la geografía decimonónica posterior por autores como Reclus, geógrafos ambos que influyeron claramente en los puntos de vista ginerianos e institucionistas. No está de más recordar que la imagen del paisaje castellano ofrecida

por el segundo en el primer tomo de su *Nouvelle Géographie Universelle*, publicado en 1876 —el año de la fundación de la institución—, con su visión geográfica de cuño humboldtiano, constituye un precedente claro e interesante de la valoración de ese mismo paisaje conformada poco después por Giner y los institucionistas (Ortega Cantero y García Álvarez, 2006, pp. 41-46). Con esa perspectiva paisajística de signo geográfico pudieron superar los límites estéticos de las anteriores imágenes románticas del paisaje de España y proponer un modo de entenderlo más amplio y complejo, preocupado al tiempo por explicarlo y comprenderlo.

Y esta nueva visión del paisaje español promovida por Giner y los institucionistas estuvo estrechamente relacionada con su ideario y sus aspiraciones, con su forma de entender la situación del país, de valorar su pasado y su presente, y de imaginar las soluciones que consideraban más adecuadas para sus problemas. Los valores y significados que atribuyeron al paisaje son inseparables de su pensamiento y de sus creencias, inscritos en las coordenadas de un reformismo de signo liberal y progresista. La imagen del paisaje formó así parte de su «imaginario», del conjunto de representaciones que expresaron simbólicamente la concepción del mundo que les rodeaba y las posibilidades de mejorarlo. De ahí que hubiese una clara conexión entre su visión del paisaje de España y su orientación patriótica, con su interés por definir las claves de la identidad nacional, los rasgos distintivos de la historia y del carácter del pueblo español (Ortega Cantero, 2009). Porque, como señaló Inman Fox, Giner y la Institución Libre de Enseñanza participaron activamente en «la construcción de una identidad nacional española» (Fox, 1997, p. 15), y su modo de entender el paisaje estuvo estrechamente relacionado con los diagnósticos y las aspiraciones de ese horizonte.

Para Giner y para la Institución, acercarse al paisaje era un modo de acercarse al pueblo español, a su carácter y a su historia. Por eso desempeñó el paisaje un papel destacado en su horizonte intelectual y político: su modo de verlo y valorarlo comprendía una clara intención de afirmación nacional, de búsqueda de las notas distintivas, propias, de la identidad nacional española. Los valores atribuidos por Giner y los institucionistas al paisaje del Guadarrama se correspondían con los que fundamentaban su ideario, y pasó a desempeñar por ello un importante papel simbólico en relación con las claves del horizonte reformista vinculado a ese ideario. Como ha indicado Mariano Esteban de Vega, ese planteamiento señaló el comienzo de una corriente nacionalista española de corte liberal, reformista, civilista y laico, que adoptó desde fina-

les del siglo XIX, frente a los nacionalismos periféricos y su rechazo de lo que consideraban centralismo castellano, «una serie de referencias míticas, simbólicas y culturales asociadas a Castilla como elementos esenciales de la conformación de lo español», entre las que las de índole geográfica y paisajística adquirieron una importancia sobresaliente (Esteban de Vega, 2005, pp. 137, 146).

En ese horizonte intelectual y político se movió la visión del paisaje ofrecida por Francisco Giner y la Institución Libre de Enseñanza. Propusieron una nueva imagen del paisaje español, una nueva manera de acercarse a él y de entenderlo. Prestaron una atención particular a Castilla y, dentro de ella, a la Sierra de Guadarrama, que se convirtió en su paisaje predilecto, el más frecuentado por ellos, en el que descubrieron un conjunto de notables valores naturales, históricos y culturales, y al que atribuyeron un muy elevado significado simbólico. Vieron en él un símbolo nacional, una valiosa representación simbólica de la propia historia y de la propia cultura. En su escrito de 1886, Giner atribuyó al paisaje del Guadarrama algunas cualidades (robusta fuerza interior, severa grandeza, nobleza, dignidad, señorío, esfuerzo indomable, gravedad, austeridad, carácter y modo de ser poético) que se correspondían con las cualidades que el círculo gineriano e institucionista consideraba propias, distintivas, del pueblo castellano y español (Giner de los Ríos, 1886, p. 92). El paisaje de la Sierra de Guadarrama expresaba modélicamente las cualidades características del más amplio paisaje castellano, del que formaba parte, y esas cualidades se correspondían fielmente con las que la perspectiva historiográfica del círculo gineriano e institucionista atribuyó a Castilla —y, más concretamente, a la Castilla medieval—, y que, a través del protagonismo histórico castellano, contribuyeron decisivamente, según esa misma perspectiva, a conformar la comunidad cultural y nacional española.

Estas correspondencias entre las cualidades atribuidas al paisaje y los rasgos que se consideraban característicos de la propia historia y de la identidad cultural y nacional resultante de ella, fundamentaron el significado de la imagen de la Sierra de Guadarrama ofrecida por Giner y, en general, por el círculo institucionista. El paisaje adquiere así significado histórico, ayuda a identificar las características del propio pasado y de su resultado colectivo, nacional. En el horizonte historiográfico gineriano e institucionista, deudor de las ideas de Herder y Krause, interesado en descubrir, bajo la superficie de la historia externa u oficial, la historia interna o intrahistoria del pueblo español, la que se identifica con su carácter o psicología, el paisaje desempeña un papel importante: como

el arte o la literatura, ayuda a descubrir la caracterización intrahistórica del pueblo español, los rasgos más genuinos de su espíritu y de su tradición cultural. De ahí que Rafael Altamira pudiese afirmar que Giner supo sentir el paisaje castellano «con una emoción tan honda y una tan grande claridad de concepto, que le llevaron hasta la más profunda raíz de patriotismo que emana de la tierra en que formó un pueblo su alma y su historia» (Altamira, 1921, p. 220).

La visión cultural y simbólica del paisaje de la Sierra de Guadarrama, promovida por el círculo gineriano e institucionista, estuvo relacionada con la nueva interpretación naturalista de ese ámbito formulada por José Macpherson, que fue profesor de la Institución Libre de Enseñanza. En 1883, Macpherson propuso una nueva interpretación de la Cordillera Central, «columna vertebral de la Península Ibérica», y atribuyó a su parte oriental, la Sierra de Guadarrama, una destacada importancia geológica (Macpherson, 1883, p. 358). Poco después, en 1886, Giner consideró, en términos culturales y simbólicos, que esta Sierra era la «espinas dorsal de España» (Giner de los Ríos, 1886, p. 92). Hay, por tanto, una sensible correspondencia entre la nueva valoración naturalista y la nueva valoración cultural y simbólica de la Sierra de Guadarrama. Para el círculo gineriano e institucionista, la Sierra de Guadarrama era una atalaya natural y, al tiempo, una atalaya cultural (y simbólica). Acercarse a ella era una forma de elevarse a una mejor comprensión cultural, histórica y nacional de Castilla y de España. «Giner y sus amigos —escribió Joaquín Xirau— emprendieron el camino de la Sierra. Fue uno de sus primeros y grandes descubrimientos. Desde lo alto de la Sierra dominaban Castilla y desde Castilla España entera» (Xirau, 1969, p. 42). El paisaje de la Sierra de Guadarrama se convirtió así, dentro del horizonte reformista y nacionalista de Giner y de la institución, en un verdadero símbolo de los valores vertebradores de la propia historia y de la propia identidad nacional.

Dentro de la valoración identitaria del paisaje de la Sierra de Guadarrama de cuño gineriano e institucionista hubo algunos lugares concretos que adquirieron un especial significado simbólico. Así sucedió, en términos naturales, con Peñalara, la cumbre más elevada del Guadarrama, que tuvo una muy notable importancia en ese sentido (Ortega Cantero, 2012b). Según la interpretación ofrecida por Macpherson, Peñalara se había comportando como un potente horst gnésico formado por el material más antiguo de la Sierra, capaz de resistir sin quebrarse o desfigurarse todos los empujes de la historia geológica posterior, que había presidido la organización del con-



FIG. 3. La Fuente de los Geólogos, cerca del puerto de Navacerrada, obra del arquitecto Joaquín Delgado Úbeda, inaugurada el 12 de junio de 1932, que se dedicó a homenajear a Casiano de Prado, José Macpherson, Salvador Calderón y Francisco Quiroga, «primeros geólogos que estudiaron el Guadarrama y fueron sembradores de cultura y amor a la naturaleza». Fotografía de Francisco Hernández-Pacheco (publicada en Eduardo Hernández-Pacheco (dir.): *Guía de los sitios naturales de interés nacional*. Número 3. La Comisaría de Parques Nacionales y la protección a la naturaleza en España, 1933).

junto montañoso (Macpherson, 1901, pp. 137-138). Peñalara se convirtió, de ese modo, en el lugar más valioso y significativo de la Sierra de Guadarrama en términos geológicos. Esa alta valoración naturalista se correspondió con su valoración cultural y simbólica, no menos elevada. No sólo se dijo que era la más acabada expresión de los valores naturales de la Sierra, y que ofrecía desde su cumbre magníficos panoramas de la propia Sierra y de las dos Castillas que se extendían a sus lados —«El solar del Cid y la tierra de Don Quijote», en palabras de Enrique de Mesa (1910, p. 10)—, sino que, también, se señaló expresamente su significado simbólico. De esto habló Constancio Bernaldo de Quirós en términos sumamente elocuentes: Peñalara, «en la constitución del macizo peninsular, es y aparece como la porción más antigua y resistente y el centro de agrupación —lo mismo, pues, que en lo político y social— a que se unieron después levantamientos posteriores» (Bernaldo de Quirós, 1905, p. 35). Si, en términos naturales, Peñalara podía interpretarse como la porción más antigua y resistente y el centro de agrupación de la historia geológica peninsular, también podía verse al tiempo, en términos culturales, como la expresión simbólica de lo más antiguo y resistente y el centro de agrupación de la historia de España. Peñalara se convirtió así en el más destacado exponente del valor simbólico de la Sierra de Guadarrama, de su cualidad de representar simbólicamente los valores que se consideraron propios de la historia nacional y de la identidad colectiva conformada en ella.

Y algo parecido sucedió también, en términos históricos y culturales, con la Cartuja del Paular, situada en

el corazón mismo de la Sierra de Guadarrama, en el alto valle del Lozoya y junto al macizo de Peñalara, que se convirtió en un verdadero lugar de memoria, en un importante elemento simbólico de la visión histórica —y de la consiguiente concepción nacional— del círculo gineiriano e institucionista (Ortega Cantero y García Álvarez, 2009, pp. 71-88). Se interpretó la Cartuja como un testimonio de la historia de España y como un símbolo de los valores característicos de la identidad nacional surgida de esa trayectoria histórica. Y, al igual que en el caso de Peñalara, esa forma de valorarla se hallaba congruentemente inscrita en la más amplia visión identitaria del paisaje de la Sierra de Guadarrama. Ambos lugares, Peñalara y la Cartuja del Paular, se vieron como expresiones particularmente significativas de los valores identitarios del paisaje de la Sierra de Guadarrama, es decir, como lugares que representaban del mejor modo posible las cualidades que se consideraban constitutivas de la comunidad nacional. Se vieron, en suma, como testimonios y símbolos sumamente valiosos de la identidad colectiva.

Ese modo de entender el paisaje de la Sierra de Guadarrama conllevaba otra idea importante, directamente relacionada con la afirmación de la correspondencia entre los valores del paisaje y los valores de la colectividad social. En la medida en que se aceptaba la existencia de paralelismos entre unos valores y otros, los del paisaje y los de la colectividad social, podía pensarse también, en consecuencia, que conocer los primeros era un modo de entender los segundos y de fomentar por añadidura la conciencia de participar de ellos y de pertenecer a la comunidad nacional apoyada en ellos. Acercarse al paisaje,

conocerlo y valorarlo adecuadamente, era un medio eficaz de fomentar el patriotismo, de alimentar la conciencia de pertenencia a una comunidad histórica y nacional. A ello se refirió con meridiana claridad Eduardo Hernández-Pacheco, que era entonces vicepresidente de la Comisaría de Parques Nacionales, durante la inauguración, en junio de 1932, de la Fuente de los Geólogos, dedicada a la memoria del ingeniero Casiano de Prado y de los naturalistas e institucionistas José Macpherson, Salvador Calderón y Francisco Quiroga, que realizaron los primeros estudios modernos sobre la Sierra. En sus escritos, afirmó, «entre la prosa austera del relato científico», y junto al entusiasmo producido por «el espectáculo de los espléndidos panoramas y de los excelsos paisajes», brotaba también a menudo «el amor a la patria y a la libertad». Los tres proclamaron, añade, «la gran valía del amor a la Naturaleza hispana, engendrador de noble y sano patriotismo» (Hernández-Pacheco, 1932, pp. 221-222). En ese mismo acto, habló también Julián Besteiro, antiguo alumno de la Institución Libre de Enseñanza y entonces presidente de las Cortes Constituyentes, y recordó sus excursiones, siendo niño, con los maestros institucionistas: «Sin saberlo nosotros —dijo—, íbamos buscando por estos montes, no a la serrana del Arcipreste, sino la nueva España del porvenir» (Besteiro, 1932, p. 240).

La imagen de la Sierra de Guadarrama conformada por Giner y la Institución Libre de Enseñanza, con sus dimensiones simbólicas e identitarias, ejerció una influencia notable sobre otras perspectivas culturales. La proyección de esa imagen, con la afirmación de las correspondencias entre valores naturales y valores nacionales que entrañaba, y con la consiguiente convicción de que acercarse a la naturaleza del paisaje era una empresa patriótica, que alimentaba la conciencia de pertenencia a la comunidad histórica y cultural, tuvo un eco considerable en guadarramistas de diversa índole, pertenecientes al mundo de la ciencia, al del arte o al del montañismo. En el terreno científico, los naturalistas que estudiaron ese ámbito montañoso en el último cuarto del siglo XIX y los que continuaron después esa labor en el primer tercio del XX, principalmente agrupados en el Museo Nacional de Ciencias Naturales, tuvieron muy presente ese legado. Eduardo Hernández-Pacheco, director de la Sección de Geología de ese museo desde 1910, relacionó «el estudio intensivo de la Sierra en diversos aspectos» que se desarrolló desde los años ochenta del siglo XIX con «la iniciativa del gran maestro D. Francisco Giner de los Ríos», que había dado lugar a la creación, en 1886, en el seno de la Institución Libre de Enseñanza, de la Sociedad para el estudio del Guadarrama.

Y la visión gineriana estuvo muy presente en los trabajos de los naturalistas de la sección geológica del museo, que realizaron sus estudios, como dijo también Hernández-Pacheco, con la mira puesta en «el resurgimiento nacional», procurando ayudar a que España consiguiese «el respeto y consideración que merecen los pueblos que progresan en el orden científico, base de su fuerza y poderío», cumpliendo así, en fin, con «el deber de españoles haciendo patria» (Hernández-Pacheco, 1915, pp. 3, 6). Esa creencia en la dimensión patriótica del acercamiento al paisaje se encuentra una y otra vez en los escritos de los naturalistas del museo. Lucas Fernández Navarro, catedrático de Cristalografía y de Mineralogía descriptiva de la Universidad de Madrid y colaborador de su Sección de Geología, dijo que había encontrado en algunos lugares del Guadarrama «un paisaje en que se aúnan la gracia y la severidad, un paisaje muy serrano, y aún diría que muy español» (Fernández Navarro, 1916, p. 39). Hugo Obermaier y Juan Carandell, colaboradores ambos también de esa sección del museo, se refirieron en la guía de la Sierra de Guadarrama que elaboraron en 1926 con ocasión del XIV Congreso Geológico Internacional a la mencionada vertiente patriótica. La Sierra de Guadarrama, con «los grandes símbolos de la arquitectura religiosa, civil y militar» en su seno, «es —escriben estos autores— escuela de alpinismo, es pulmón de Madrid y crisol de hombres más fuertes, más duros, más selectos para el perfeccionamiento de la raza» (Obermaier y Carandell, 1926, pp. 13-14).

En el mundo del arte, fueron numerosos los escritores y pintores que incorporaron y prolongaron esa imagen, empezando por los de la generación del 98, que aportaron visiones verdaderamente valiosas y elocuentes del Guadarrama. Estas visiones de los escritores del 98 resultan especialmente ilustrativas de la conexión que estamos comentando con la perspectiva gineriana e institucionista. No sólo se manifiesta esa relación en la proximidad de los puntos de vista y los criterios valorativos —como sucede, por ejemplo, en la afirmación, inicialmente debida a Giner, de que el paisaje guadarrameño se caracterizaba por una «nota varonil, masculina», que lo diferenciaba de otros paisajes españoles de «belleza femenina» (Giner de los Ríos, 1886, p. 92)—, sino también, al tiempo, en los adjetivos empleados para ponderar la Sierra. No es difícil, por ejemplo, recordar la imagen del artículo de Giner de 1886 cuando se leen los adjetivos que utiliza Jaime Morera para caracterizarla: «ceño adusto, brava, austera, sombría, majestuosa, imponente» (Morera, 1927, p. 18). En conjunto, la imagen literaria y pictórica de la Sierra que se divulga en los últimos años del siglo XIX y en los

decenios iniciales del XX es deudora de la que habían acuñado inicialmente Francisco Giner y sus compañeros de la Institución Libre de Enseñanza, y mantiene una dimensión simbólica e identitaria muy notable.

Enrique de Mesa ofrece acabados ejemplos de ello, entre los que ocupan un lugar destacado sus comentarios sobre la Cartuja del Paular, en la que vio, siguiendo el camino abierto por Giner y los institucionistas, hondos significados metafóricos y simbólicos. En *El silencio de la Cartuja*, el libro de poemas que publicó en 1916 y obtuvo, ese mismo año, el premio Fastenrath, habla de los valores naturales de aquel paisaje y se detiene además en la consideración de la historia de la Cartuja, que entiende como una metáfora y un símbolo de la de España. La Cartuja había tenido, como España, momentos de esplendor y momentos de postración y decadencia, y la doble imagen de su torre entonces mocha —destruida por el incendio producido por un rayo en 1909— y del cuerpo decapitado de Álvaro de Luna, el valido de Juan II a quien Mesa considera el máximo exponente de los mejores tiempos, queda estrechamente conectada con la imagen, igualmente desmochada y descabezada, de la propia España, en espera de quien, con cualidades parecidas a las que el autor asocia a la figura de Álvaro de Luna (nobleza y limpieza, pero también poder), fuese capaz de remediar o regenerar su decaído estado (Mesa, 1916, pp. 23-24). El libro de Enrique de Mesa contiene una de las más ricas y sugestivas imágenes de la Cartuja del Paular. Con su marcado acento simbólico e identitario, aportó un buen ejemplo del modo de valorar la Cartuja del Paular, uno de los componentes histórico y culturalmente más valiosos del paisaje de la Sierra de Guadarrama, derivado de la perspectiva anteriormente promovida por el círculo gineriano e institucionista.

También Unamuno ofreció, en el terreno literario, visiones de la Sierra de Guadarrama que prolongaron la perspectiva de Giner y la institución. Su imagen de la Pedriza de Manzanares constituye uno de los más logrados ejemplos en ese sentido. Allí sintió la íntima penetración de la naturaleza y la historia, «las dos barajas de Dios». El castillo de Manzanares, en la entrada de la Pedriza, testigo de la historia, se hermana en su escrito con el impresionante conjunto granítico de aquel lugar, que Unamuno ve como otro castillo de carácter natural. El paisaje de la Pedriza le llevó a pensar en la formación histórica de Castilla (y de España), y allí descubrió también las íntimas conexiones existentes entre el paisaje y el lenguaje. «El paisaje es un lenguaje, y el lenguaje es un paisaje», dice Unamuno. Ambos, paisaje y lenguaje, se hermanan en La Pedriza y se dejan oír con claridad en

el río que la recorre. El agua del naciente río Manzanares «canta con acento castellano, latino, gótico y morisco, como el Fuero de Madrid», y al oír su canto «se le suben a uno de las entrañas de la tierra madre de España ocho siglos que le remozan a quien les oye con el corazón». Porque en aquel lugar, añade Unamuno, «nos hablan el paisaje y el lenguaje castellanos, naturales y nacionales», y allí se oye «la voz de Iñigo de Loyola, la de Don Quijote, y el rasgueo de la pluma de águila enjaulada de Felipe II» (Unamuno, 1966, pp. 593-595). Todas esas conexiones y correspondencias, que anudan naturaleza e historia, y paisaje y lenguaje, son las que cimentan su imagen de la Pedriza de Manzanares, que recoge y ahonda, con maestría literaria, la herencia gineriana e institucionista en este orden de cosas.

La visión gineriana e institucionista del Guadarrama influyó asimismo en el mundo de las sociedades montaÑeras y alpinistas, y, muy especialmente, en la Real Sociedad Española de Alpinismo Peñalara, constituida inicialmente con el nombre de «Peñalara. Los doce amigos», en 1913. Tuvo esta sociedad un carácter original, que la distinguió pronto de otros clubes y asociaciones similares: su voluntad de trascender la mera actividad deportiva, de no dar la espalda a la dimensión intelectual y moral del contacto con la naturaleza y el paisaje que el excursionismo hace posible. De ahí su empeño, tantas veces recordado por Bernaldo de Quirós, que había sido en la Universidad de Madrid discípulo de Giner, con quien siempre mantuvo una relación afectuosa, y que fue el primer presidente de la sociedad y el primer director de su revista, de realizar una «labor de cultura y estudio» (Bernaldo de Quirós, 1919, p. 251), de no olvidar que, sin «los estímulos intelectuales y estéticos», el alpinismo sólo era «un insignificante, estéril deporte» (Bernaldo de Quirós, 1918, p. 116). Este planteamiento expresaba ante todo la incorporación del legado de Francisco Giner y de la Institución Libre de Enseñanza, su modo moderno de ver y valorar la naturaleza y el paisaje y de entender el excursionismo (Ortega Cantero, 2014, pp. 260-264). Toda la actividad de la Sociedad Peñalara, tanto la propiamente montaÑera como la de carácter cultural, incluyendo su importante labor a través de las conferencias y las exposiciones fotográficas, estuvo marcada por la directa influencia del horizonte gineriano e institucionista, y su proyección sobre la Sierra de Guadarrama manifestó con claridad la presencia de la valoración simbólica e identitaria promovida por ese horizonte y de sus implicaciones patrióticas.

Los responsables de la Sociedad Peñalara fueron siempre conscientes de que su labor produciría en la pro-

pia patria, como se dijo en una nota sin firma titulada «El alpinismo y la raza», un indudable «beneficio moral y material» (*Peñalara*, 21, septiembre 1915, p. 139), y señalaron que su actividad montañera estaba guiada por el logro del «bien de la Patria» (*Peñalara*, 165, septiembre 1927, p. 188)². El ideal de la Sociedad Peñalara se definió en otra nota de su revista en los siguientes términos: «incorporar nuestra actividad como un factor de la vida nacional, preparando por medio de la montaña generaciones de espíritu recio en cuerpos fuertes», formando ciudadanos disciplinados, tenaces, templados frente al peligro y «acostumbrados a trabajar por un ideal inmediato, que son ellos mismos, y otro más elevado, que es su patria» (*Peñalara*, 159, marzo 1927, p. 72). Alberto de Segovia, uno de los doce socios fundadores de la Sociedad Peñalara y fiel seguidor de la perspectiva paisajística de Giner, que incorporó fielmente en algunos artículos teóricos (Segovia, 1914, 1918), dijo que había escrito sus *Notas sobre la Sierra de Guadarrama*, publicadas en 1910, para contribuir a divulgar «las excelencias de la Sierra, que hay que sostener por patriotismo, por madrileñismo». Y se suceden luego en las páginas de ese libro una serie de entusiastas elogios de los valores naturales del Guadarrama. La contemplación de la naturaleza de la Sierra, dice Segovia, insistiendo en lo que había advertido poco antes Bernaldo de Quirós (1909, p. 61), recompensa «nuestros esfuerzos por conocerla con un bautismo de energía que nos fortalece y anima a triunfar en la intensa y formidable lucha de la vida». Habla Segovia de la «imponderable grandiosidad» del paisaje del Guadarrama y no escatima los elogios —términos como portentoso, imponente, extraordinario o espléndido recorren su escrito— respecto de sus componentes y sus vistas panorámicas, que «presentan al excursionista toda la grandeza de su magnificencia extraordinaria» (Segovia, 1910, pp. 7, 65, 70).

También en las visiones del Guadarrama procedentes de la Sociedad Peñalara, al igual que en las imágenes debidas a los escritores de la generación del 98, cabe señalar que la proximidad a la perspectiva gineriana e institucionista se manifiesta en los puntos de vista, en los criterios valorativos y en las adjetivaciones que se utilizan al acercarse al paisaje. Los ejemplos de esa cercanía abundan en la literatura procedente del mundo excursionista de la Sociedad Peñalara. Las *Andanzas castellanas*

de Juan Almela Meliá, publicadas en 1918, ofrecen algunas muestras elocuentes en ese sentido: siguiendo el curso del río Manzanares, encuentra «puntos de vista maravillosos», numerosos lugares en los que «el paisaje es magnífico: tiene la grandeza de las montañas y la amplitud de un horizonte remotísimo, que raras veces puede la vista separar del cielo» (Meliá, 1918, pp. 84-87).

En esa misma línea de ascendencia gineriana e institucionista, y con marcada personalidad, se sitúan los numerosos escritos sobre la Sierra de Guadarrama de Constantino Bernaldo de Quirós. Como «discípulo de los más queridos de D. Francisco» se definió en las páginas del boletín de la institución a Bernaldo de Quirós (*Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, 663, junio 1915, 189), quien dijo de su maestro que había sido «el más ilustre y eficaz de los precursores del alpinismo castellano» (Bernaldo de Quirós, 1923, p. 118) y compartió con él la firme creencia en las virtudes regeneradoras de la Sierra de Guadarrama. Giner había señalado los benéficos efectos que cabía esperar del contacto con esa naturaleza, capaz de «labrar en las honduras del espíritu camino de regeneración y de progreso», y había recomendado a sus compatriotas, y en particular a los madrileños, que rompiesen «los vínculos de la servidumbre cortesana», que se alejasen de la «anémica vida ultra-urbana» y se acercasen a la Sierra de Guadarrama (Giner de los Ríos, 1886, pp. 103-104). Bernaldo de Quirós no desdijo esa perspectiva: «La Sierra —escribió— tiene el destino de ser la regeneradora de Madrid, y Madrid, necesita su regeneración inminente» (Bernaldo de Quirós, 1911, p. 225).

Su visión del paisaje del Guadarrama adquiere con frecuencia unos tintes épicos y a veces casi mitológicos que lo acercan sensiblemente a las imágenes literarias de Baroja y a las pictóricas de Zuloaga. Hablando, por ejemplo, de la interpretación de la génesis del Guadarrama propuesta por Macpherson —los materiales gnéisicos precámbricos levantados por la orogenia huroniana, las intensas erupciones graníticas y las dislocaciones y añadidos asociados a la orogenia herciniana—, dice Bernaldo de Quirós que, «en verdad, ciertos paisajes de la Sierra parecen ilustrar esta historia ciclópea con su muda expresión imponente», historia que se resume en el «combate del gneis con el granito», plasmada en la pared gnéisica vertical de Peñalara, «acribillada toda ella de erupciones graníticas que parecen lanzarse al asalto de la cumbre», y en los canchales de granito que, más abajo, «representan los despojos de la agresión, vencida al cabo ante la enorme mole de la Peñalara» (Bernaldo de Quirós, 1915, pp. 8-9). A las adjetivaciones de cuño gineriano e institucionista, que también utiliza a menudo —austeridad, grave-

² Los datos de las referencias de las notas e informaciones sin firma de la revista *Peñalara* y del *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* se incluyen en el propio texto, entre paréntesis, sin remitir a la bibliografía final, indicando el número, la fecha y la página correspondientes.



FIG. 4. Zona central de la Pedriza de Manzanares. Fotografía de Francisco Hernández-Pacheco (publicada en Eduardo Hernández-Pacheco (dir.): *Guía de los sitios naturales de interés nacional*. Número 1. Sierra de Guadarrama, 1931). La Pedriza de Manzanares, de la que Fernández Navarro dijo que ofrecía «la topografía más intrincada, grandiosa e interesante que pueda imaginarse», fue uno de los lugares más apreciados de la Sierra de Guadarrama en términos científicos, artísticos y deportivos, y adquirió un valor simbólico muy notable. Fue también declarada Sitio Natural de Interés Nacional en la real orden de septiembre de 1930.

dad, adustez o dignidad del paisaje, por ejemplo— añade Bernaldo de Quirós otras caracterizaciones valorativas que, recordando también en parte las referencias gine-rianas al «esfuerzo indomable» que debía abrirse camino «a través de obstáculos sin cuento» en el Guadarrama, donde se sucedían vertiginosamente «el hielo y el ardor de los trópicos» y el sol deslumbraba «con un fulgor casi agrio» (Giner de los Ríos, 1886, p. 92), remiten al sesgo más épico de su perspectiva. En su primer libro de índole guadarramista, publicado en 1905, habló ya, refiriéndose a Peñalara, del «espectáculo de ruina y desastre de la montaña formidable» que produce «un terror sagrado» (Bernaldo de Quirós, 1905, p. 34).

Después, en su *Guía alpina del Guadarrama*, de 1909, comentó el «perfil áspero y casi cortante» de la pared lateral de La Maliciosa, en cuya línea de cuerda los «piornales abrasados por los pastores añaden una nota dantesca —de serpientes tenaces— al horror del paisaje», y el carácter «trágico» del panorama que se domina desde su cumbre, al tiempo que dijo que las «dos poderosas cimas» de Hierro producían «la impresión de los hombros de un atlante» (Bernaldo de Quirós, 1909, pp. 47-49). Y en su escrito sobre la Pedriza de Manzanares, publicado inicialmente en 1921 en el *Anuario* del Club Alpino Español y reeditado dos años más tarde por la Comisaría Regia del Turismo y Cultura Artística, ofreció un amplio repertorio de ese tipo de adjetivaciones valorativas. Se refirió, por ejemplo, al «ciclópeo» barranco de las Hoces, al «siniestro» Cancho de los Muertos y al «barranco lóbrego, de apariencia dantesca», del arroyo Cuervo, al «abismo vertiginoso» y a la «terrible gargan-

ta» del arroyo de la Dehesilla, a las «formas agudas, desgarradas» del paisaje, caracterizado en buena medida por la «aspereza demolida en escombros por los siglos». Las rocas graníticas de la Pedriza, añade Bernaldo de Quirós, se mostraban «como un mar tempestuoso petrificado», como el resultado de «una crispación sobrehumana». Pero ese paisaje, que expresaba a su manera la dignidad y la fortaleza características de «la naturaleza de la montaña», era también bello, con la belleza de la alta montaña, «un género de belleza difícil de estimar y de aprendizaje bastante largo», pero no por ello menos digno de ser entendido y valorado. También en él se expresaban cualidades y valores importantes, que se correspondían simbólicamente con algunos de los rasgos más heroicos de la identidad colectiva, por más que necesitasen para ser apreciados y entendidos, como advierte Bernaldo de Quirós, tener «una cultura muy avanzada en el paisaje» o «un espíritu de gran afinidad con la montaña». La «imponente expresión de la montaña» que ofrece la Pedriza se traduce, en fin, en «un complejo de representaciones y valores psíquicos» para quien sabe captar sus cualidades y significados (Bernaldo de Quirós, 1923, pp. 15-90).

La Sierra de Guadarrama es, bajo la mirada de Bernaldo de Quirós, una acabada expresión de los mejores valores de la naturaleza, una especie de paraíso o santuario del orden natural. De «santas cumbres solitarias, olvidadas», habla, por ejemplo, en su *Guía alpina*, cumbres que procuran a nuestros sentidos «un género de estética acabado por la perfección de las sensaciones de silencio y de quietud de las grandes masas rocosas levantadas en sentido vertical», y manifiesta su temor de que puedan

verse amenazadas, con el avance de la práctica deportiva, por «la profanación de las vulgaridades» (Bernaldo de Quirós, 1909, pp. 10, 61). Incorpora además Bernaldo de Quirós otra de las razones de la valoración del paisaje del Guadarrama que estuvo también muy presente en el horizonte gineriano e institucionista: la contraposición, muy favorable para la primera, de la naturalidad regeneradora de la montaña y la artificiosidad perniciosa de la ciudad. Los institucionistas habían llegado a hablar, con encendida elocuencia, en el relato de su primera excursión a la Sierra, de «la asfixiante atmósfera de los cafés» y «la mefítica de la generalidad de las viviendas» en las que se envenenaba y pudría la vida de los habitantes de la ciudad, contraponiéndolas a los saludables efectos físicos y morales del acercamiento a la naturaleza (Excursión, 1886-1887, p. 111).

Bernaldo de Quirós abunda en ese hondo contraste entre los valores naturales y purificadores de la montaña y las perversas consecuencias de la vida civilizada y urbana a propósito del discurrir del río Manzanares. Recordando algo el relato de la historia de un arroyo que publicó en 1869 Reclus, conocido y apreciado en el círculo de la Sociedad Peñalara, habla de los comienzos del río, corriendo por «un cauce profundo, llenando la salvaje garganta con el clamor de sus rompientes», donde, «en los hondos remansos, el agua se hace verde transparente en un prodigio de color que solamente la luz libre sabe hacer en las aguas puras». Luego discurre «amplio, silencioso, tranquilo, en el grave paisaje del Pardo, vestido con el oscuro color de las encinas perennes», hasta llegar a Madrid, donde las cosas cambian sustancialmente. «Cuando llega a Madrid —añade—, las materias orgánicas infectan sus aguas, y el río parece simbolizar en su vida inerte la historia de centenas y centenas de almas campesinas buenas pervertidas en el ambiente de la capital, que las atrajo desde lejos». Como para esos campesinos, la capital, que ha arruinado sus valores naturales, ha sido «funesta» para el río (Bernaldo de Quirós, 1909, pp. 54-56).

También se refiere expresamente Bernaldo de Quirós, en fin, a las correspondencias que cabe establecer entre la caracterización del paisaje del Guadarrama y la de las sociedades que viven en él. Su manera de tratar este asunto en su trabajo sobre el Guadarrama de 1915, publicado por el Museo Nacional de Ciencias Naturales, tradicional en el paisajismo moderno, incluyendo la perspectiva gineriana e institucionista, anticipa en algunos aspectos el que publicó dos años después Dantín Cereceda sobre las causas naturales de la distribución de la población en la Sierra (Dantín Cereceda, 1917). Habla de dos ámbitos

especialmente pobres de la Sierra de Guadarrama, en los que «a la desnutrición crónica se añaden los estigmas de las degeneraciones propias de la alta montaña», las aldeas de La Lastra y Hoyo la Guija, en Peguerinos, sobre gneis, y algunas aldeas igualmente miserables enclavadas en las cuarcitas del Atazar, la Puebla de la Mujer Muerta y el antiguo reino de Patones. Se corresponden con «una Naturaleza madrastra». Los duros rasgos de sus paisajes —«los ásperos riscos desnudos, las mudas crestas cristalinas, las azuladas perspectivas frías»— ponen en sus habitantes serranos «una desnudez interior, una dureza, un silencio, una frialdad semejantes, como estado habitual entre raros sentimientos de expansiva benevolencia y entre manifestaciones criminales inauditas». Y, tras señalar esa correspondencia entre los rasgos naturales y los humanos, sitúa en los primeros, con un razonamiento análogo al que aplicará después Dantín Cereceda, la causa de los segundos. Dice que el granito parece aumentar «en número y brutalidad» los crímenes de sangre, mientras que en el gneis y los terrenos sedimentarios no cristalinos «todo lo criminal y aun lo inmoral, se atenúa y el tipo humano parece ennoblecerse de repente». El fundamento de esta diferencia, añade, está en el distinto valor económico relativo de ambos terrenos: la riqueza relativa del gneis es muy superior a la casi nula del granito (Bernaldo de Quirós, 1915, p. 32).

La valoración del paisaje de la Sierra de Guadarrama ofrecida por Bernaldo de Quirós, sin duda la más amplia y detallada de las procedentes del ámbito de la Sociedad Peñalara, expresa con claridad, por una parte, su vinculación con el horizonte paisajístico de Francisco Giner y la Institución Libre de Enseñanza, y, por otra, en relación con ella, su afirmación del significado simbólico de ese paisaje respecto de los valores que se consideraban representativos de la propia historia y de la correspondiente identidad nacional. La valoración del paisaje del Guadarrama conformada en el mundo montañoso de la Sociedad Peñalara se sumó a las que, como vimos, propusieron los científicos naturalistas, entre los que ocuparon un lugar destacado los colaboradores de la Sección de Geología del Museo Nacional de Ciencias Naturales y, en el mundo del arte, numerosos escritores y pintores, con los de la generación del 98 en primer lugar. Todos ellos incorporaron y desarrollaron a su manera el legado gineriano e institucionista, inscrito, como vimos, en un horizonte reformista, liberal y progresista, y todos ellos, en consecuencia, ofrecieron imágenes de la Sierra de Guadarrama apoyadas en la decidida afirmación de su valor identitario, de su capacidad para representar significativamente los valores históricos y culturales de la

colectividad social, de su cualidad, en fin, de verdadero símbolo de la identidad nacional. Para todos ellos, en general de talante reformista, la Sierra de Guadarrama se vio como un auténtico paisaje nacional, cuyos valores representaban de manera fidedigna las claves de la historia colectiva y de la identidad de la propia nación.

* * *

Teniendo en cuenta todo lo expuesto hasta aquí, cabe afirmar, a modo de conclusión, que la Sierra de Guadarrama ofrece un caso significativo de valoración simbólica e identitaria de un paisaje de montaña. En las coordenadas generales del paisajismo moderno, con su afirmación de la existencia de relaciones entre los rasgos característicos y las cualidades de la montaña y los de la historia y la consiguiente identidad de los correspondientes grupos humanos, la interpretación de la Sierra de Guadarrama ofrecida inicialmente por Francisco Giner y la Institución Libre de Enseñanza, conectada con su ideario liberal y reformista, y luego por los círculos intelectuales que incorporaron las claves de su pensamiento, constituye un acabado y expresivo ejemplo español de ese modo de valoración paisajística. Atribuyeron al paisaje montañoso del Guadarrama un conjunto de valores que se correspondían con los que, en su opinión, se habían manifestado en los mejores momentos de la historia de Castilla y, a través de ella, de España, y habían sido el fundamento de la identidad nacional surgida de esa trayectoria histórica. Esa fue la valoración simbólica e identitaria de la Sierra de Guadarrama que promovieron, a lo largo del último cuarto del siglo XIX y el primer tercio del XX, los círculos intelectuales liberales y reformistas de cuño institucionista. Vieron la Sierra de Guadarrama, en suma, como un verdadero símbolo de la identidad nacional.

BIBLIOGRAFÍA

- ALTAMIRA, Rafael (1921): «El paisaje y los Parques Nacionales de España», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, XLV, 736, pp. 220-222.
- BERDOULAY, Vincent (2000): «Le milieu, entre description et récit. De quelques difficultés d'une approche de la complexité», en Vincent Berdoulay y Olivier Soubeyran (dirs.): *Milieu, colonisation et développement durable. Perspectives géographiques sur l'aménagement*. L'Harmattan, París y Montreal, pp. 25-37.
- BERNALDO DE QUIRÓS, Conancio (1905): *Peñalara*. Viuda de Rodríguez Serra (Biblioteca Mignon, XLV), Madrid.*³
- (1909): *Guía alpina del Guadarrama*. Librería de Fernando Fe, Madrid.*
- (1911): «Notas sobre la Sierra de Guadarrama, por Alberto de Segovia. Madrid, 1910», *La Lectura*, 122, febrero, pp. 225-226.
- (1915): *Guadarrama*. Gráficos de Juan Carandell. Prólogo de Eduardo Hernández-Pacheco. Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (Trabajos del Museo Nacional de Ciencias Naturales, Serie Geológica, 11), Madrid.*
- (1918): «Andanzas castellanas», *Peñalara*, 52, abril, pp. 116-117.
- (1919): «Nuestro pirineísmo», *Peñalara*, 69, septiembre, pp. 249-251.
- (1923): *La Pedriza del Real de Manzanares*. Comisaría Regia del Turismo y Cultura Artística, Madrid, 2.^a ed. corregida y aumentada.*
- BESSE, Jean-Marc (2010): «La fisonomía del paisaje: de Alexander von Humboldt a Paul Vidal de la Blache», en *La sombra de las cosas. Sobre paisaje y geografía*. Edición de Federico López Silvestre. Traducción de Marga Neira. Biblioteca Nueva, Madrid, pp. 115-137.
- BESTEIRO, Julián (1932): «En la inauguración de la "Fuente de los Geólogos". IV. Palabras pronunciadas por D. Julián Besteiro», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, LVI, 868, agosto, pp. 239-240.
- BOZONNET, Jean-Paul (1989): «Géographie imaginaire de la montagne», en Yves André y otros: *Représenter l'espace. L'imaginaire spatial à l'école*. Anthropos, París, pp. 75-86.
- BROC, Numa (1991): *Les montagnes au siècle des lumières. Perception et représentation*. Éditions du Comité des Travaux historiques et scientifiques (Mémoires de la Section de Géographie physique et humaine, 4), París.
- CACHIN, Françoise (1997): «Le paysage du peintre», en Pierre Nora (dir.): *Les lieux de mémoire*. Gallimard, París, 3 vol., vol. 1, pp. 957-996.
- CARDIS, Marianne (1953): «El paisaje en la vida y en la obra de Miguel de Unamuno. Castilla y "lo intelectualivo"», *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 4, pp. 71-83.

³ Los títulos señalados con un asterisco están reproducidos en Conancio Bernaldo de Quirós: *Obras del Guadarrama*. Comunidad de Madrid y Sociedad Española de Alpinismo Peñalara (Clásicos del Guadarrama), Madrid, 2003.

- COSGROVE, Denis (1985): «Prospect, perspective and the evolution of the landscape idea», *Transactions of the Institute of British Geographers*, 10 (1), pp. 45-62.
- (1998): *Social Formation and Symbolic Landscape. With a new introduction*. The University of Wisconsin Press, Madison (WI), 2.^a ed.
- y Veronica DELLA DORA (2009): «Introduction. High Places», en Denis Cosgrove y Veronica della Dora (eds.): *High Places. Cultural Geographies of Mountains, Ice and Science*. I. B. Tauris, Londres-Nueva York, pp. 1-16.
- DANIELS, Stephen (1993): *Fields of vision: Landscape Imaginary and National Identity in England and the United States*. Princeton University Press, Princeton (NJ).
- DANTÍN CERECEDA, Juan (1917): «Avance al estudio de las causas naturales de la distribución de la población en España. La población de la Sierra de Guadarrama», en Asociación Española para el Progreso de las Ciencias: *Sexto Congreso celebrado en Sevilla durante los días 6 al 11 de mayo de 1917*. Imprenta de Fortanet, Madrid, 10 vol., vol. 6-1, pp. 181-204.
- DEBARBIEUX, Bernard (2001): «Les montagnes: représentations et constructions culturelles», en Yvette Veyret (coord.): *Les montagnes. Discours et enjeux géographiques*. Sedes, París, pp. 35-50.
- y Gilles RUDAZ (2010): *Les faiseurs de montagne. Imaginaires politiques et territorialités (XVIII^e-XXI^e siècle)*. CNRS, París.
- DELLA DORA, Veronica (2008): «Mountains and memory: embodied visions of ancient peaks in the nineteenth-century Aegean», *Transactions of the Institute of British Geographers*, 33 (2), pp. 217-232.
- (2011): *Imagining Mount Athos: Visions of a Holy Place from Homer to World War II*. University of Virginia Press, Charlottesville (VA).
- (2016): *Mountain: Nature and Culture*. Reaktion Books, Londres.
- ESTEBAN DE VEGA, Mariano (2005): «Los historiadores y la construcción de la identidad nacional española: el papel de Castilla», en Nicolás Ortega Cantero (ed.): *Paisaje, memoria histórica e identidad nacional*. Universidad Autónoma de Madrid y Fundación Duques de Soria, pp. 115-146.
- EXCURSIÓN (1886-1887): «Excursión durante las vacaciones del verano de 1883», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, X (1886), 237, diciembre, p. 384, XI (1887), 239, enero, pp. 31-32, 243, marzo, pp. 95-96, 244, abril pp. 111-112, 245, abril, pp. 127-128, 246, mayo, pp. 143-144, y 247, mayo, pp. 159-160.
- FERNÁNDEZ NAVARRO, Lucas (1916): «Cuatro días de Sierra: de La Cabrera a Canencia», *Peñalara*, 32, agosto, pp. 38-40 y 43.
- FOX, Inman (1997): *La invención de España. Nacionalismo liberal e identidad nacional*. Cátedra, Madrid.
- GARCÍA ÁLVAREZ, Jacobo (2013): «Paisaje, memoria histórica e identidad nacional en los inicios de la política de conservación de la naturaleza en España: de Covadonga a San Juan de la Peña», *Hispania*, 73, 244, pp. 409-438.
- GINER DE LOS RÍOS, Francisco (1886): «Paisaje», *La Ilustración Artística*, v, 219, 8 de marzo, pp. 91-92, y 220, 15 de marzo, pp. 103-104. (Reproducido en Francisco Giner de los Ríos: *Obras selectas*. Espasa Calpe, Madrid, 2004, pp. 792-801.)
- HERNÁNDEZ-PACHECO, Eduardo (1915): «Prólogo», en Constancio Bernaldo de Quirós: *Guadarrama*. Gráficos de Juan Carandell. Prólogo de Eduardo Hernández-Pacheco. Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (Trabajos del Museo Nacional de Ciencias Naturales, Serie Geológica, 11), Madrid, pp. 3-6.
- (1932): «En la inauguración de la “Fuente de los Geólogos”». I. Palabras de D. Eduardo Hernández-Pacheco», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, LVI, 867, julio, pp. 220-224.
- HUMBOLDT, Alejandro de (1874-1875): *Cosmos. Ensayo de una descripción física del mundo [1845-1862]*. Traducción de Bernardo Giner y José de Fuentes. Imprenta de Gaspar y Roig, Editores, Madrid, 4 t.
- JOUTARD, Philippe (1986): *L'invention du mont Blanc*. Gallimard/Julliard, París.
- LAÍN, Milagro (1959): «Aspectos estilísticos y semánticos del vocabulario poético de Unamuno», *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 9, pp. 77-115.
- MACFARLANE, Robert (2005): *Las montañas de la mente. Historia de una fascinación*. Traducción de Concha Cardeñoso Sáenz de Miera. Alba Editorial, Barcelona.
- MACPHERSON, José (1883): «Sucesión estratigráfica de los terrenos arcaicos de España», *Anales de la Sociedad Española de Historia Natural*, XII, pp. 341-378.
- (1901): «Ensayo de historia evolutiva de la Península Ibérica», *Anales de la Sociedad Española de Historia Natural*, XXX, pp. 123-165.
- MARAVALL, José Antonio (1991): «El concepto de naturaleza en el siglo XVIII», en *Estudios de la historia del pensamiento español (siglo XVIII)*. Compilado por M.^a Carmen Iglesias. Mondadori España, Madrid, pp. 537-550.

- MARTÍNEZ DE PISÓN, Eduardo (2002): «Prólogo», en Louis Ramond de Carbonnières: *Viajes al Monte Perdido y a la parte adyacente de los Altos Pirineos (Francia, 1801-1804)*. Prólogo de Eduardo Martínez de Pisón. Traducción de José Luis Serrano Sánchez. Organismo Autónomo Parques Nacionales, Madrid, pp. XV-XXV.
- (2004): «El paisaje de montaña. La formación de un canon natural del paisajismo moderno», en Nicolás Ortega Cantero (ed.): *Naturaleza y cultura del paisaje*. Universidad Autónoma de Madrid y Fundación Duques de Soria, Madrid, pp. 15-53.
- (2006): «Los componentes geográficos del paisaje», en Javier Maderuelo (dir.): *Paisaje y pensamiento*. Abada Editores y Fundación Beulas (Centro de Arte y Naturaleza), Madrid, pp. 131-143.
- (2009): «Valores escondidos de los paisajes. Calidades ocultas de la ascensión a la montaña», en Eduardo Martínez de Pisón y Nicolás Ortega Cantero (eds.): *Los valores del paisaje*. Universidad Autónoma de Madrid y Fundación Duques de Soria, Madrid, pp. 9-44.
- (2014): «Ordesa: del valle perdido al símbolo patrimonial», *Ería*, 94, pp. 145-160.
- MELIÁ, Juan A. (1918): *Andanzas castellanas. Ávila. Segovia. Madrid*. Librería Fernando Fe, Madrid.
- MESA, Enrique de (1910): *Andanzas serranas (Por Somosierra y Guadarrama)*. Renacimiento, Madrid. (Reedición: Comunidad de Madrid y Sociedad Española de Alpinismo Peñalara (Clásicos del Guadarrama), Madrid, 2005.)
- (1916): *El silencio de la Cartuja*. Renacimiento, Madrid. (Reproducido en Enrique de Mesa: *Antología poética*. Espasa-Calpe, Madrid, 1941, pp. 113-145.)
- MOLLÁ RUIZ-GÓMEZ, Manuel (2015): «Exploración y paisaje: John Muir en el oeste de los Estados Unidos», en Eduardo Martínez de Pisón y Nicolás Ortega Cantero (eds.): *El paisaje: de los exploradores a los turistas*. Universidad Autónoma de Madrid y Fundación Duques de Soria, Madrid, pp. 67-93.
- (2016): «El paisaje y los parques nacionales en Estados Unidos», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, 102-103, octubre, pp. 61-78.
- MORERA, Jaime (1927): *En la Sierra de Guadarrama. Divagaciones sobre recuerdos de unos años de pintura entre nieves. Cuadros. Estudios. Dibujos*. Blass, Madrid.
- MUIR, John (1916): *A Thousand-Mile Walk to the Gulf*. Introduction by William Frederic Badè. Houghton Mifflin Company, Boston y Nueva York.
- NOGUÉ, Joan (2005): «Nacionalismo, territorio y paisaje en Cataluña», en Nicolás Ortega Cantero (ed.): *Paisaje, memoria histórica e identidad nacional*. Universidad Autónoma de Madrid y Fundación Duques de Soria, Madrid, pp. 147-169.
- (2016): «La génesis y la evolución de la valoración moderna del paisaje en Cataluña», *Cuadernos Geográficos*, 55 (2), pp. 28-45.
- OBERMAIER, Hugo, y Juan CARANDELL (1926): *Sierra de Guadarrama. Excursión B-2. XIV Congreso Geológico Internacional. Madrid, 1926*. Imprenta de la Librería y Casa Editorial Hernando, Madrid.
- ORTEGA CANTERO, Nicolás (1990): «El paisaje de España en los viajeros románticos», *Ería*, 22, pp. 121-137.
- (2009): «Paisaje e identidad. La visión de Castilla como paisaje nacional (1876-1936)», *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, 51, pp. 25-49.
- (2012a): «Los valores del paisaje: la Sierra de Guadarrama en el horizonte de Francisco Giner y la Institución Libre de Enseñanza», en José García-Velasco y Antonio Morales Moya (eds.): *La Institución Libre de Enseñanza y Francisco Giner de los Ríos: nuevas perspectivas. 2. La Institución Libre de Enseñanza y la cultura española*. Fundación Francisco Giner de los Ríos y Acción Cultural Española, Madrid, pp. 673-711.
- (2012b): «Naturaleza, cultura y símbolo: la imagen de la montaña de Peñalara en el paisajismo español moderno», *Cuadernos Geográficos*, 51 (2), pp. 96-113.
- (2014): «Montañismo y valoración del paisaje: la Real Sociedad Española de Alpinismo Peñalara (1913-1936)», *Ería*, 95, pp. 253-279.
- (2016a): «La invención (moderna) del paisaje», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, 102-103, octubre, pp. 11-26.
- (2016b): «La valoración del paisaje en Unamuno: claves geográficas y dimensiones simbólicas», *Cuadernos Geográficos*, 55 (2), pp. 6-27.
- y Jacobo GARCÍA ÁLVAREZ (2006): «La visión de España en la obra de Élisée Reclus: imagen geográfica y proyección política y cultural», *Ería*, 69, pp. 35-56.
- (2009): «Paisaje y lugares de memoria: Covadonga y El Paular», en Eduardo Martínez de Pisón y Nicolás Ortega Cantero (eds.): *Los valores del paisaje*. Universidad Autónoma de Madrid y Fundación Duques de Soria, Madrid, pp. 45-93.
- PIVETEAU, Jean-Luc (1991): «Les géographes du XIX^e siècle furent-ils des Schweiz-Macher?», en Bernard Prongué (coord.): *Passé pluriel. En hommage au pro-*

- fesseur Roland Ruffieux*. Éditions Universitaires de Fribourg, Friburgo, pp. 433-446.
- RECLUS, Élisée (2002): «Du sentiment de la nature dans les sociétés modernes» [1866], en *Du sentiment de la nature dans les sociétés modernes et autres textes*. Anthologie composée, présentée et annotée par Joël Cornuault. Premières Pierres, Charenton, pp. 47-68.
- ROCHFORT, Renée (1978): «Le concept de paysage», en *Géopoint 78. Concepts et construits dans la géographie contemporaine*. Centre Littéraire Universitaire, Avignon, pp. 243-250.
- RUSKIN, John (1904): *The Complete Works of John Ruskin. VI. Modern Painters. IV. Part V. Of Mountain Beauty* [1856]. Edición de E. T. Cook y Alexander Wedderburn. George Allen, Londres/Longmans, Green, and Co, Nueva York.
- SAUSSURE, Horace-Bénédict (1779-1796): *Voyages dans les Alpes, précédés d'un Essai sur l'histoire naturelle des environs de Genève*. Samuel Fauche/Barde, Manget et Compagnie, Imprimeurs-Libraires/Louis Fauche-Borel, Neuchâtel y Ginebra, 4 t.
- SCHAMA, Simon (1996): *Landscape and Memory*. Vintage Books, Nueva York.
- SEGOVIA, Alberto de (1910): *Notas sobre la Sierra de Guadarrama (Aspectos y paisajes)*. Establecimiento Tipográfico de J. Pérez, Madrid. (Reedición: Comunidad de Madrid y Sociedad Española de Alpinismo Peñalara (Clásicos del Guadarrama), Madrid, 2006.)
- (1914): «La montaña», *Peñalara*, 9, junio, pp. 106-111.
- (1918): «Psicología y estética del paisaje», *España Forestal*, 37, mayo, pp. 63-64.
- SENAUCOUR (1930): *Obermann* [1804]. Traducción de Ricardo Baeza. Espasa-Calpe, Madrid, 3 t.
- SCHMIDT DI FRIEDBERG, Marcella (2004): *L'arca di Noè. Conservazionismo tra natura e cultura*. G. Giappichelli Editore, Turín.
- SCHRADER, Franz (2005): «A qué se debe la belleza de las montañas» [1898], en *Pirineos, 1874-1919*. Prólogo de Hélène Saule-Sorbé. Coordinación y selección de textos de Eduardo Martínez de Pisón y Eduardo Viñuales Cobos. Traducción de Marta Iturralde Navarro y Alberto Martínez Embid. Organismo Autónomo Parques Nacionales, Madrid, pp. 313-338.
- TERÁN, Manuel de (1977): *Las formas del relieve terrestre y su lenguaje*. Discurso pronunciado el 20 de noviembre de 1977, en su recepción pública en la Real Academia Española y contestación de Julián Marías. Real Academia Española, Madrid.
- (1980): *De causa montium*. Discurso leído en el acto de su recepción pública el 16 de noviembre de 1980 en la Real Academia de la Historia y contestación de Gonzalo Menéndez Pidal. Real Academia de la Historia, Madrid.
- UNAMUNO, Miguel de (1966): *Obras completas. I. Paisajes y ensayos*. Introducciones, bibliografías y notas de Manuel García Blanco. Escelicer, Madrid.
- (1992): «Hay una Castilla serrana...» [1915], en Diego Núñez y Pedro Ribas: *Unamuno. Política y filosofía. Artículos recuperados (1886-1924)*. Fundación Banco Exterior, Madrid, pp. 72-73.
- URTEAGA, Luis (1987): *La tierra esquilada. Las ideas sobre la conservación de la naturaleza en la cultura española del siglo XVIII*. Ediciones del Serbal y Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Barcelona.
- VIDAL DE LA BLACHE, Paul (1979): *Tableau de la géographie de la France* [1903]. Prefacio de Paul Claval. Librairie Jules Tallandier, París.
- WALTER, François (2004): *Les figures paysagères de la nation. Territoire et paysage en Europe (16^e-20^e siècle)*. Éditions de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales, París.
- XIRAU, Joaquín (1969): *Manuel B. Cossío y la educación en España*. Ariel, Barcelona, 2.^a ed.